sombra de San Pedro (cap. V),— la resurrección de Tabita (cap. IX), — la liberación milagrosa de San Pedro (cap. XII), etc. — Hallamos también gran número de milagros obrados por San Pablo, en Éfeso, hasta por el solo contacto de sus ropas (cap. XIX), — la resurrección de un niño en Tróade (cap. XX), — sin hablar del milagro de la conversión del mismo San Pablo, que podría bastar, aunque fuera el único, para determinar la conversión de un hombre de buena fe.

Estos hechos son ciertos e incontestables, son verdaderos milagros; luego los apóstoles son *enviados de Dios*, y la religión que predican es divina.

3.º La historia de la Iglesia ofrece, *en cada siglo*, gran número de milagros perfectamente auténticos, tanto, que se puede decir que los *Hechos de los Santos* son una digna continuación de los hechos apostólicos. Para convencerse basta recorrer las *Acta Sanctorum* de los bolandistas, o la *Vida de los Santos*.

Un solo *milagro verdadero* es suficiente para probar la divinidad de una religión en cuyo favor haya sido obrado. Y como tales hechos se han producido en cada siglo, en favor de la religión de Jesucristo, fuera menester, para llegar a destruir la presente prueba, negar los testimonios históricos *de todos los siglos pasados*, como también los del *siglo presente*. Sin hablar de los milagros de Lourdes, nuestro siglo ha visto a muchos santos colocados en los altares. Pero la Iglesia no canoniza a *ningún santo* sin haber antes comprobado varios milagros obrados por su intersección (1).

Curación del ciego de nacimiento (Jn. 9) — Los incrédulos suelen decir: Es de lamentar que los milagros de Jesucristo no hayan sido comprobados por sabios; hubiera sido conveniente levantar procesos respecto de cada uno de ellos. Pues bien, los deseos de los incrédulos se ven satisfechos en el mismo Evangelio, que narra un milagro comprobado por jueces oficiales, que son, a la vez, enemigos del Salvador.

---

(1) Véase MOIGNO, *Los esplendores de la fe*, t. V; DEVIVER, *Curso de apologética cristiana*, t. I, cap III.

Jesús encuentra en Jerusalén a un mendigo ciego de nacimiento. Con un poco de polvo humedecido con saliva, Jesús frota los ojos de este ciego y le dice: *Ve, lávate en la piscina de Siloé.*

— Es conveniente notar que se trata aquí de un ciego de nacimiento y, por consiguiente, *incurable.* El barro empleado no tiene virtud curativa. El sitio donde se lleva a cabo la curación es un lugar frecuentado, lo que hace imposible todo fraude.

El ciego se va, se lava y vuelve curado. Muchos de los que le han conocido cuando estaba ciego, se preguntan: «*¿Es el mismo mendigo que se sentaba aquí?*» —Los unos dicen: «*Es él.*» — Otros: «*No; es uno que se le parece.*»

Pero el ciego responde: «*Soy el mismo.*» — Le preguntan: «*¿Cómo se han abierto tus ojos?*»— Él les dice: «*Aquel hombre a quien llaman Jesús ha tomado barro, ha frotado con él mismo ojos y me ha dicho: Ve a lavarte en la piscina de Siloé. He ido, me he lavado y veo.*»

¡Qué sencillez en la manera de hablar! ¡Qué acento de veracidad!... Se va a iniciar un proceso, el famoso proceso que piden los racionalista: los fariseos se encargan de esa formalidad.

El ciego es conducido a su presencia, y le preguntan: «*¿Cómo te fueron abiertos los ojos?*» — El interrogado responde: «*El hombre que se llama Jesús hizo lodo y me untó los ojos, y me dijo: Ve a la piscina de Siloé y lávate. Y fui y me lavé y recibí la vista.*»

La misma disposición que hiciera ante el público y sin incurrir en contradicción alguna. Al oír esta narración, unos se indignan porque Jesús ha hecho esta obra en día de sábado; mientras que otros, más sinceros, dicen: «*¿Cómo podría un pecador obrar semejantes prodigios?*» — Y se dividieron las opiniones. Para solucionar la cuestión acudieron al mismo ciego y le pidieron su opinión, como si ésta hubiera influido algo en su curación.

—«*¿Y tú,* preguntan los del sanedrín, *qué dices del que te abrió los ojos.?*» — Y él replica sin vacilar: «*Yo creo que es un profeta.*»

Entonces los fariseos no quisieron creer que había sido ciego; y para asegurarse, llamaron a los padres de éste y les pre-

guntaron: «*¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora?*»

Los padres respondieron: «*Sabemos que éste es nuestro hijo y que nació ciego; mas cómo vea ahora, o quién le ha abierto los ojos, nosotros no lo sabemos. Él tiene edad, preguntadle a él y hablará de sí.*»

De esta suerte el proceso prueba que el favorecido por el milagro era realmente ciego de nacimiento. Los padres testifican la enfermedad, pero como ellos no han presenciado la curación, no la pueden explicar. Esta buena gente dice a los fariseos que interroguen a su hijo, porque temen ser expulsados de la sinagoga, pues no ignoraban que el sanedrín había excomulgado a todos aquellos que reconocieran a Jesús por el Mesías.

Los príncipes de los sacerdotes no quisieron saber nada del milagro, porque la doctrina de Jesús les contrariaba. Iniciaron, pues, otro proceso para obligar al ciego a que dijera que el autor de su curación era un pecador.

— «*Da gloria a Dios,* le dijeron; *nosotros sabemos que ese hombre es un pecador.*» A lo que él replicó: «*Si es pecador no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo.*»

Insistieron ellos: «*Pero, en definitiva, ¿qué te hizo? ¿cómo te abrió los ojos?*» —Contestóles el ciego: «*Ya os lo he dicho; ¿por qué lo queréis oír otra vez? ¿Queréis también vosotros haceros sus discípulos?*»

Estas palabras les encolerizaron y maldijeron al ciego curado: «*Sé tú su discípulo, que nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés; pero ese no sabemos de dónde es.*»

Replicó el héroe de esta historia con cierto dejo de ironía: «*Maravillosa cosa es, por cierto, que vosotros no sepáis de dónde sea, y, con todo, me ha abierto los ojos. Sabemos que Dios no oye a los pecadores; sino que aquel que es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a éste oye. En ningún tiempo se oyó que abriese alguno los ojos de uno que nació ciego.* **Si éste no fuera un enviado de Dios, no pudiera hacer nada.**»

Estas palabras exasperaron a los fariseos: «*¿En pecado has nacido y quieres enseñarnos?*» Y le echaron fuera. Así terminó el

proceso. Ante las enérgicas afirmaciones del ciego, ante la razón clara como el sol que da para probar que Jesús es un *Enviado de Dios,* los fariseos no hallan más respuesta que las injurias. No se quieren rendir a la evidencia. Tampoco los incrédulos modernos quieren rendirse a la evidencia, porque su corazón es malo, como el de los fariseos.

Jesús busca a este hombre perseguido por su causa, y le dice: *«¿Crees tú en el Hijo de Dios?»*

— «¿Quién es, Señor, para que crea en Él?»

Jesús le dice: *«Le has visto, y es* **Él** *que te habla.»*

—*«Creo, Señor»,* dijo el ciego; y postrado le adora.

Y así este pobre ciego, fiel a la primera gracia, cree en la palabra de *Aquel* que le ha dado la vista. Jesús se declara Dios, y el curado le adora como a un Dios, bien seguro de que Jesús no puede engañarle, porque Dios no confiere a los impostores el poder de hacer milagros.

III. Milagro de la resurrección de Jesucristo

120. P. ***¿Cuál es el milagro más grande de nuestro Señor Jesucristo?***

R. El milagro más grande de nuestro Señor Jesucristo es el de su *resurrección.* Él la había anunciado como la prueba más evidente de su misión divina, y la realizó al tercer día después de su muerte.

Es cierto: 1.º, que Jesucristo murió el *viernes por la tarde,* y 2.º, que salió vivo del sepulcro el *día de Pascua.*

— Esta resurrección es un hecho innegable. Todo lo prueba: *a)* el testimonio de los apóstoles; *b)* las confesiones implícitas de los jefes de la sinagoga; *c)* los milagros sin cuento obrados en nombre de Jesús resucitado; *d)* los monumentos públicos erigidos en memoria de la resurrección; *e)* finalmente, la conversión del mundo a la religión cristiana.

Pero *sólo Dios,* señor de la vida, puede quitarla o darla; luego Jesucristo es Dios, o, por lo menos, el *Enviado de Dios,* y su religión es divina.

N. B. — 1.º La palabra *Pascua,* sacada del hebreo, significa *paso.* Jesucristo pasó de la muerte a la vida, y nos hace pasar de la muerte del pecado a la vida de la gracia.

2.º Jesucristo presenta su resurrección como la señal manifiesta de su misión divina. *La generación mala y adúltera pide una señal; mas señal no le será dada, sino la señal de Jonás profeta. Porque así como estuvo Jonás en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches* (Mt. 12, 39-40). — Da, pues, el Salvador su resurrección como resumen de todas las pruebas de su misión divina.

3.º De hecho, el milagro de la resurrección basta para probar la divinidad de la religión cristiana. Si Jesucristo se resucitó a Sí mismo, señal cierta de que es Dios, dueño de la vida y de la muerte; si Dios le resucitó, su misión es divina, porque Dios la confirma con el más asombroso de los milagros.

La resurrección es un hecho que debe ser probado como los demás hechos históricos: *por el testimonio.* Es necesario, por consiguiente, establecer: 1.º, que Jesús estaba realmente muerto cuando fue colocado en el sepulcro; 2.º, que después se mostró realmente vivo.

1.º Jesucristo estaba realmente muerto

1.º San Juan, testigo ocular, lo afirma.

2.º Los *prolongados y atroces* tormentos sufridos por el Salvador antes de ser crucificado, y la crucifixión no podían menos de hacerle morir.

3.º Los soldados no le rompieron las piernas como a los otros condenados, porque ya estaba muerto.

4.º La *lanzada* que le atravesó el costado hubiera sido suficiente para quitarle el último aliento de vida.

5.º Pilato no concede a José de Arimatea el cuerpo de Jesús, sino después de la *comprobación oficial* de la muerte.

6.º Por último, el odio de los judíos contra Jesús nos ofrece una garantía cierta de que ellos debieron comprobar que Jesús estaba bien muerto, cuando cerraron y sellaron el sepulcro.

2.º Jesucristo después se mostró vivo

El Salvador se muestra vivo: 1.º A María Magdalena;

2.º A las santas mujeres que regresaban del sepulcro;

3.º A Santiago y a San Pedro, Príncipe de los apóstoles;

4.º A los dos discípulos de Emaús, el día de Pascua;

5.º La noche del mismo día, a los apóstoles reunidos en el Cenáculo, en ausencia de Tomás;

6.º Ocho días más tarde, a los mismo apóstoles, reunidos *todos* en el Cenáculo con Santo Tomás;

7.º A cinco apóstoles y a dos discípulos en el lago de Genesaret;

8.º En Galilea, a más de quinientas personas reunidas en el Tabor;

9.º A los apóstoles reunidos en Jerusalén con muchos discípulos. Con ellos sube al monte de los Olivos, de donde se eleva al cielo en presencia de ciento veinte testigos;

10. Finalmente, se muestra a *Saulo* en el camino de Damasco, y este ardiente perseguidor de la Iglesia se convierte en *San Pablo*, el apóstol de las naciones.

1.º LOS APÓSTOLES Y NUMEROSOS TESTIGOS VIERON A JESÚS VIVO DESPUÉS DE SU MUERTE

Un hecho es absolutamente cierto cuando es afirmado por numerosos testigos, que *a)* no han podido engañarse; *b)* no han querido engañar, y *c)* no hubieran podido hacerlo. Tal es el hecho de la resurrección de Jesucristo.

a) Los apóstoles no pudieron engañarse.— Jesucristo se mostró, no una sola vez, sino muchas, y durante un período de cuarenta días. — Se mostró a muchas personas: a sus once apóstoles, a los discípulos y a más de quinientos fieles.

— Se mostró en pleno día, y en circunstancias muy diversas: en un huerto, en una calle, en el Cenáculo, a orillas de un lago, sobre los montes Tabor y de los Olivos. Admitir que en tales circunstancias todos los testigos de la resurrección se hayan engañado, sería admitir un fenómeno de ilusión imposible.

— Finalmente, Jesucristo se mostró no a gentes crédulas, sino a *gente desconfiada, tarda en creer...* la cual califica de *sue-*

ño la narración de las santas mujeres... Santo Tomás no quiere aceptar ni el testimonio de los demás apóstoles: quiere ver con sus ojos, tocar con sus manos las llagas de Jesús...

— ¿Cómo, pues, suponer error, ilusión, en testigos numerosos, de diferentes caracteres, y que se aseguraron del hecho con la triple evidencia de los ojos, de los oídos y de las manos?...

b) Los apóstoles no quisieron engañar.— No tenían ningún interés en ello. Lo único que podían esperar de su mentira eran terribles desdichas: *de parte de Dios,* castigador del crimen, los rigurosos castigos reservados por su justicia a la impostura; *de parte de los judíos,* asesinos de Jesús, una muerte inevitable y cruel.

Además, estaban *seguros de fracasar* en su empresa. ¿Cómo hacer creer a sus contemporáneos un hecho tan extraordinario como la *resurrección de un muerto,* crucificado públicamente por orden de la autoridad religiosa y civil? Acometer tal empresa contra su interés personal era evidentemente una locura. Y sin embargo, los apóstoles dieron gustosos su vida en confirmación de la resurrección de Cristo.

c) Los apóstoles no pudieron engañar. — Para engañar era necesario, en primer lugar, secuestrar el cuerpo de Jesucristo. Pero para esto se necesitaba también sorprender a los guardas, violentarlos o corromperlos: tres cosas absolutamente imposibles para la timidez y pobreza de los apóstoles.

Y después, robar un cadáver no es resucitarlo. Estamos siempre en presencia de este hecho milagroso: *el Cristo muerto volvió a ser visto vivo.* Los quinientos testigos que le vieron no podían ponerse de acuerdo para afirmar una mentira, estando como estaban diseminados por la Judea y Galilea. Si Jesucristo no hubiera resucitado, hubiera sido imposible a los apóstoles convencer a los judíos y a los gentiles de que ellos le habían visto vivo.

2.º TESTIMONIO DE LOS ENEMIGOS DE JESÚS

Los miembros del sanedrín estaban convencidos de la resurrección de Cristo Jesús. Para negarla acudieron a la corrup-

ción y a la mentira. Dieron a los guardianes una suma de dinero para que hicieran correr la voz de que, estando ellos durmiendo, los discípulos de Jesús robaron el cadáver del Maestro. Pero si ellos no hubieran creído en la resurrección de Cristo, su deber, como su propio interés, estaba en castigar a los soldados por haber faltado a la disciplina militar, y en perseguir a los apóstoles por haber roto los sellos de la autoridad. ¿Por qué no inician ellos un sumario para establecer las responsabilidades y buscar el cuerpo desaparecido?...

Puesto que los miembros del sanedrín se contentan con corromper a los soldados y tratan de echar tierra al asunto, a precio de oro, como lo hacen siempre, es una prueba patente de que no pueden negar la resurrección de Jesucristo.

3.º MILAGROS OBRADOS EN NOMBRE DE JESÚS RESUCITADO

Los apóstoles obraron milagros en nombre de Jesús resucitado; luego ellos decían la verdad, porque Dios no puede hacer milagros para confirmar el error o la impostura. Por eso un gran número de judíos, heridos por el brillo de estos milagros, se convirtieron a la predicación de los apóstoles y adoraron a Dios a **Aquel** que habían poco antes crucificado. El día de Pentecostés, San Pedro predica a *Jesús crucificado y resucitado*, y *tres mil judíos* abrazan la religión de Jesucristo.

San Pedro sanó en la puerta del templo a un cojo conocido en toda Jerusalén; predica por segunda vez, y *cinco mil judíos* se convierten y creen en Jesús, Salvador de Israel (Hech. II y III).

4.º MONUMENTOS PÚBLICOS ESTABLECIDOS EN MEMORIA DE LA RESURRECCIÓN

Los apóstoles dejaron dos recuerdos permanentes de la resurrección de su divino Maestro: 1.º La *fiesta de la Pascua*, celebrada por todos los cristianos del mundo: católicos, cismáticos y protestantes. 2.º El *día festivo*, trasladado del *sábado* al primer

día de la semana, llamado desde entonces *domingo*, o día del Señor. La fiesta de Pascua y el traslado del *sábado* al *domingo*, establecidos por los apóstoles, no tienen más razón de ser que la resurrección de Jesucristo.

5.º LA CONVERSIÓN DEL MUNDO A LA RELIGIÓN CRISTIANA

Strauss, el mayor de los incrédulos modernos, halla que nada es tan imposible de creer como la resurrección de un muerto. Se engaña: hay algo más imposible, y es la transformación religiosa y moral del mundo por un crucificado, *si este crucificado no ha sido un resucitado*. La tumba de un muerto no es el lugar donde podía echar raíces el árbol gigantesco del Cristianismo.

¿Es, por ventura, admisible que algunos *ilusos* o algunos *impostores* hayan hecho creer la resurrección de Jesucristo a millares de millones de hombres, y que hayan fundado *sobre este hecho* la única religión digna de respeto y de amor?... Éste sería un milagro más grande que el milagro mismo de la resurrección, o más bien, un fenómeno tan extraño que se opone a todos los principios del buen sentido.

Debemos, pues, concluir que la resurrección de nuestro Señor Jesucristo es un hecho innegable, más brillante que el sol, y cuya certeza jamás podrán destruir los incrédulos. — ¿Qué nos queda por hacer? Caer a los pies de Jesús par decirle con Santo Tomás: «*¡Señor mío y Dios mío!*»

IV. Profecías hechas por Jesucristo y perfectamente cumplidas

121. P. ***Las profecías de nuestro Señor Jesucristo ¿prueban la divinidad de la religión cristiana?***

R. Sí, las profecías de nuestro Señor Jesucristo de muestran perfectamente la divinidad de la religión cristiana.

La profecía, lo mismo que el milagro, es el testimonio de Dios: *sólo Dios*, por sí mismo o por medio de sus *enviados*, puede manifestarnos lo por venir y hacer verdaderas profecías.

Pues bien, Jesucristo hizo muchas profecías perfectamente realizadas. — Él predijo:

1.º *En cuanto a sus discípulos,* la traición de Judas, la triple negación de Pedro, la venida del Espíritu Santo sobre sus apóstoles, los futuros milagros de éstos, sus padecimientos y su martirio.

3.º *Respecto de los judíos,* la ruina de Jerusalén, la destrucción del templo y la dispersión del pueblo judío.

4.º *Acerca de su Iglesia,* la publicación del Evangelio en todo el universo, la conversión de los pueblos y la duración perpetua de la Iglesia.

La predicción de estos acontecimientos, imposible de ser previstos, demuestra en Jesucristo una ciencia divina. Luego Jesucristo es Dios o, por lo menos, el *Enviado de Dios,* y su religión es divina.

Hemos visto que Jesucristo *realizó perfectamente en su persona* las profecías mesiánicas, demostrando con eso mismo que Él era el Mesías prometido. Pero *Él mismo hizo* también profecías, y sus predicciones cumplidas nos ofrecen una nueva prueba de su misión divina.

1.º La profecía es una prueba de la divinidad de una religión

La profecía, como el milagro, es una obra divina. Supone participación de la ciencia de Dios, como el milagro supone participación de su poder. Sólo Dios conoce y puede revelar los sucesos que dependen de la voluntad de Dios y de la libertad del hombre. Por consiguiente, si Jesucristo hizo verdaderas profecías y ellas se han realizado, Él es seguramente el *Enviado de Dios,* y la religión cristiana que fundó es divina.

2.º Jesucristo hizo muchas predicciones

1.º *Profecías de Jesucristo acerca de su persona.— Él dijo un día a sus discípulos: «Mirad que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los Príncipes de los sacerdotes y a los Escribas, y le condenarán a muerte. Y le entregarán a los gentiles para que le escarnezcan y azoten y crucifiquen, mas al tercer día resucitará»* (Mt. 20,18—19)

2.º *Profecías de Jesucristo relativas a sus discípulos.*— Predijo la traición de Judas (Jn. 13); — la triple negación de San Pedro (Mt. 26); — la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles (Jn. 14).— Les predijo sus sufrimientos: «*Mirad que os envío como ovejas en medio de lobos... Y guardaos de los hombres, porque os entregarán en concilios, y en sus sinagogas os azotarán... Seréis odiados y perseguidos por mi nombre...*» (Mt. 10; Lc. 21; Jn. 15)

Les anuncia también que obrarán milagros en su nombre, que arrojarán a los demonios y curarán toda clase de enfermedades (Mc. 16).— «*En verdad os digo, el que en Mí cree, las obras que yo hago, también él las hará, y mayores todavía*» (Jn. 14,12)

3.º *Profecías de Jesucristo referentes a los judíos.*— En diversas circunstancias, Jesús predijo las desgracias que amenazaban a Jerusalén, el sitio de esta ciudad, la ruina de su templo y la dispersión del pueblo judío. Él dijo, llorando sobre la ciudad santa: «*Vendrán días sobre ti en los que tus enemigos te cercarán con baluarte, y te pondrán por tierra, y no dejarán piedra sobre piedra... Tus hijos serán pasados a cuchillo; serán llevados cautivos a todos los pueblos, y en Jerusalén dejarán sus huellas los gentiles.*»

Sus discípulos le preguntaron: «Maestro, ¿cuándo sucederá esto?» — «*En verdad os digo que no pasará esta generación sin que todas estas cosas sean hechas.*» «*Cuando veáis a un ejército rodeando a Jerusalén, estad ciertos de que la desolación se aproxima*» (Mt. 24; Mc. 13; Lc. 19)

4.º *Profecías de Jesucristo acerca de su Iglesia.*— Jesús anuncia que el Evangelio será predicado en todo el mundo para servir de testimonio a todas las naciones (Mt. 24).— Predice su reinado universal: «*Cuando fuere levantado de la tierra, lo atraeré todo hacia Mí*» (Jn.12, 12). — Anuncia la perpetuidad de su Iglesia: «*Tú eres Pedro,* díjole a Simón, *y sobre esa piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. He aquí que Yo estoy con vosotros, todos los días, hasta la consumación de los siglos*» (Mt. 16,18; 28,20)

3.º Estas predicciones de Jesucristo son verdaderas profecías

Estas predicciones poseen los tres caracteres de las profecías divinas. En efecto: 1.º *Fueron hechas antes de los acontecimientos,* y tenemos como prueba el testimonio de los evangelistas. — Eran conocidas por los fariseos, puesto que dijeron a Pilato: «*Nosotros sabemos que este seductor dijo, cuando vivía: Después de tres días resucitaré.*» — Fuera de eso, los Evangelios fueron escritos antes de la *realización* de las profecías que se refieren a Jerusalén y su templo, al pueblo judío y a la Iglesia.

2.º *Era imposible prever los hechos predichos por Jesucristo.*— Estos hechos dependían de la libre voluntad de Dios y de los hombres. Muchos de ellos tenían por objeto verdaderos milagros que, dependiendo de la omnipotencia de Dios, no podían ser conocidos sino por Él solo, como la resurrección de Jesús, la venida de Espíritu Santo y los frutos maravillosos que produjo en el mundo.

3.º *Estas profecías están plenamente realizadas.* — *a)* El Evangelio nos muestra las profecías de Jesucristo *relativas a su persona,* realizadas hasta en sus más pequeños pormenores.

b) El *Evangelio,* los *Hechos de los Apóstoles* y la *historia* de la Iglesia atestiguan el cumplimiento de las profecías *referentes a los discípulos de Jesús:* Judas le traicionó; Pedro le negó tres veces; los Apóstoles recibieron el Espíritu Santo; predicaron el Evangelio; hicieron milagros; fueron azotados y perseguidos; y, llenos de júbilo, sufrieron el martirio. Aun en nuestros días los discípulos de Cristo son odiados y perseguidos: muchos mueren mártires, y no pocos, como los santos canonizados, siguen haciendo milagros.

c) Treinta y seis años después de Jesucristo, el año 70, se cumplió la profecía relativa a *Jerusalén,* a su *templo* y a la *dispersión del pueblo judío.* Dos historiadores, el judío Josefo y el romano Tácito, ambos contemporáneos de la catástrofe, nos han transmitido los pormenores de la ruina de Jerusalén. Durante un sitio de siete meses, un millón cien mil judíos perecieron víctimas del hierro, del fuego o del hambre, y cien mil fueron vendidos como esclavos. El general Tito había recomendado que

se respetara el templo; pero fue en vano. Un soldado, movido, dice Josefo, por una inspiración divina, arrojó en el interior del templo un tizón encendido, y el templo quedó reducido a cenizas.

Y aun hay más. Era necesario que la palabra del Salvador se cumpliera al pie de la letra. Tres siglos más tarde, *Juliano el Apóstata,* queriendo desmentir la profecía de Jesús, acometió la empresa de reedificar el templo de Jerusalén. Para echar los nuevos cimientos se arrancaron los antiguos hasta la *última piedra.* Pero cuando se quisieron reconstruir, se vio salir de la tierra globos de fuego, que hacían el trabajo imposible. Este prodigio se repitió varias veces en presencia de los judíos y de los paganos, y hubo que renunciar a la empresa. Este hecho lo traen *Amiano Marcelino,* gran admirador de Juliano el Apóstata, y otros historiadores de la época.

La profecía sobre la *dispersión del pueblo judío* se verificó y se viene verificando aún hoy día a nuestra vista. Cuando un pueblo emigra a todas las naciones, bien pronto se confunde con ellas. Contrariamente a esta ley de la historia, el *pueblo judío,* dispersándose por toda la superficie de la tierra, sigue formando *una raza aparte;* sigue siendo, mal de su grado, el eterno testimonio del cumplimiento de las profecías. Dispersados entre todos los pueblos desde hace diez y nueve siglos, sin templo, sin sacerdotes, sin sacrificios, despreciados y aborrecidos, los judíos llevan por doquiera las señales sensibles de la maldición que pesa sobre este pueblo deicida (1).

d) En cuanto a las profecías *concernientes a la Iglesia,* ellas se han realizado y se realizan diariamente. El Evangelio es predicado en todo el universo; — Jesucristo, levantado en la cruz, lo atrae todo hacia Él: individuos y pueblos; — sostiene su Iglesia contra los ataques todos del infierno; — Pedro revive en el Papa, y sigue confirmando a sus hermanos de la fe y apacentado los corderos y las ovejas, es decir, a los fieles y a sus pastores.

---

(1) BOSSUET, Disc. *sobre la historia,* 2º parte.

El cumplimiento de estas profecías es un conjunto de *hechos permanentes* que la historia consigna en cada una de sus páginas. Cada generación los ha visto realizarse ante sus ojos. Sólo los incrédulos se niegan a verlos para no sentirse obligados a practicar la religión (1).

San Agustín pone en labios de Jesucristo las siguientes palabras dirigidas a los corazones endurecidos: Vamos a cuentas, si queréis: tenéis mis profecías en las manos; veis todo lo que he hecho, y en qué particulares he cumplido mi palabra:

— Había prometido morir, resucitar, subir a los cielos y enviaros el Espíritu Santo: *Lo he hecho.*

— Había prometido a toscos pescadores que los haría pescadores de hombres y que les daría el poder de hacer aceptar al mundo un doctrina tan increíble como la de la cruz: *Lo he hecho.*

— Había prometido que los judíos serían desterrados nuevamente y que su patria sería destruida, de manera que andarían errantes y dispersos por el mundo: *Lo he hecho.*

— Había prometido atraer a Mí todas las naciones de la tierra: *Lo he hecho.*

— Había prometido edificar mi Iglesia sobre la firme piedra, y hacerla durar por siempre; ella existe, vosotros lo veis, ha durado a pesar de tres siglos de persecuciones; se mantiene siempre en pie, y durará hasta la consumación de los siglos: *Lo he predicho, lo haré.*

CONCLUSIÓN.— Jesucristo hizo verdaderas profecías; sus profecías se han cumplido y se cumplen todos los días; luego Jesucristo es el *Enviado de Dios* y su religión es divina.

Esta conclusión se impone con tanta mayor fuerza cuanto que Jesús hizo estas profecías con el fin de probar la divinidad de su misión. «*Os lo anuncio con anticipación, dice Él, a fin de que, cuando las cosas sucedan, creáis que Yo soy:* ***Credatis quia ego sum.***» La religión cristiana lleva el sello divino: *la profecía realizada.*

---

(1) Véase la magnífica obra del sabio MOIGNO, *Los esplendores de la fe,* tomo IV.

V. Milagroso establecimiento de la religión cristiana

122. P. ***El establecimiento de la religión cristiana ¿prueba su divinidad?***

R. Sí; el establecimiento de la religión cristiana es una prueba irrefragable de su divinidad.

Todo efecto exige una causa capaz de producirlo. En virtud de este principio, tenemos que considerar como divina una religión cuyo establecimiento y pronta difusión en el mundo no pueden atribuirse a medios naturales, sino *únicamente al poder de Dios.* Y éste es precisamente el caso de la religión cristiana.

A pesar de los más *grandes obstáculos,* y sin *ningún medio natural* para vencerlos, se ha *establecido rápidamente* en todo el universo. El establecimiento del cristianismo es, por consiguiente, una *obra divina* que no puede explicarse sino por una especial intervención de Dios.

1.° OBSTÁCULOS QUE VENCER.— Había que obligar a los judíos a que renunciaran a la ley de Moisés y a que reconocieran por Mesías a es *Jesús* que ellos habían crucificado; —había que mover a los paganos a triunfar de sus vicios, a hacer pedazos sus ídolos, a renegar de la religión de sus padres sostenida por todos los poderes públicos; —y , por último, sobre estas ruinas había que establecer una religión nueva, con ministerios incomprensibles y un moral contraria a todas las pasiones.

2.° INSUFICIENCIA DE LOS MEDIOS.— Los obstáculos eran inmensos, y los *medios naturales* completamente *insuficientes.* Los apóstoles encargados de establecer la religión cristiana, no poseían ni la *fuerza* de la armas,— ni el *cebo* de las riquezas y de los placeres, —ni siquiera el *prestigio* de la palabra y de la ciencia. Eran doce pescadores de Galilea, pobres, ignorantes y salidos de una nación despreciada por todos los pueblos.

3.° ÉXITO RÁPIDO Y GENERAL.— Y, sin embargo, a pesar de lo *sublime de la empresa* y de la *debilidad de los medios,* la religión cristiana se estableció en todo el Imperio Romano y se propagó tan rápidamente por la India, la Persia, el África, España, la Galia, Germania, Bretaña, etc., que hacia el fin del si-

glo I, a la muerte del apóstol San Juan, apenas se podía nombrar un país que no hubiera recibido la predicación del Evangelio. Después de tres siglos de persecuciones, la Cruz de Cristo campea en todas partes, y desde la cima del Capitolio gobierna al universo.

Por consiguiente, el establecimiento del cristianismo es un *hecho divino,* un *verdadero milagro* de Dios, único que puede mudar los corazones y las voluntades.

N. B. — Hasta ahora hemos probado la divinidad de la religión cristiana apoyándonos, *sobre todo,* en la autoridad de nuestros *Libros Santos* considerados como *históricos.* Pero los Libros Santos no son el *único fundamento* de nuestra fe, ni encierran *toda la doctrina cristiana,* ni *todas las pruebas* de su divinidad.

Así como los milagros del *orden moral.* Si los primeros manifiestan la intervención divina, en cuanto son contrarios a las *leyes físicas,* los últimos también la manifiestan como tal, porque derogan las *leyes morales.*

El orden moral tiene sus leyes, como el orden físico. Es una ley de orden moral que una gran muchedumbre no cambie de convicciones, de conducta, de costumbres en algunos días, particularmente cuando todos los motivos de pasión y de interés se unen para oponerse al cambio.

El milagro en el orden moral es, pues, *un hecho contrario al curso ordinario de las cosas humanas y no se puede explicar sino por una especial intervención de Dios.* — El establecimiento del cristianismo es uno de estos milagros.

1.º **Grandiosidad de la empresa.**— *¿Era grande la importancia de la empresa?* Era menester: *a)* abolir la religión mosaica; *b)* suprimir el culto de los ídolos; *c)* fundar sobre esta ruinas la religión cristiana: tres cosas naturalmente imposibles.

a) Obstáculo del judaísmo.— Se trataba de obligar a los judíos a renunciar a la ley de Moisés. Pero ellos estaban fuertemente apegados a su religión, que creían fundada por Dios, confirmada con numerosos milagros y por la cual sus antepasa-

dos habían muerto en los campos de batalla o en los tormentos. Los judíos se gloriaban de ser el *pueblo de Dios*, y esperaban un *Mesías* que haría de ellos el más poderoso y el más glorioso de los pueblos.

¿Cómo convencerlos de que su religión no era sino figura de la verdadera; de que su título de pueblo de Dios debía ser el título de todos los pueblos? ¿Cómo hacerles aceptar por *Mesías* a Aquel a quien ellos habían crucificado?... ¡Qué escándalo para su orgullo y sus prejuicios! ¿No era éste un obstáculo insuperable?... Se explica, pues, que los judíos fueran los primeros en perseguir a los cristianos.

b) Obstáculo del paganismo. — Se trataba de destruir la idolatría esparcida por todo el mundo. La idolatría venía reinando durante siglos, era la religión de los antepasados, estaba como embebida en todos los actos de la vida pública y privada, y estaba también sostenida por todos los poderes públicos. Además a los hombres en libertad para creer y obrar a su capricho, halagaba las tendencias más gratas a la naturaleza. Abolir este culto tan cómodo, tan fácil, tan agradable; derribar los *dioses protectores* del imperio para adorar a un *judío crucificado... ¡qué locura!*

Por eso el cristianismo levantó en contra suya: 1.º A los *sacerdotes de los ídolos*, cuyo crédito e intereses estaban amenazados. — 2.º A los *sabios*, a los *filósofos*, cuyo orgullo despreciaba los misterios cristianos. — 3.º Al *poder público*, que veía con indignación un nuevo culto que se constituía con independencia propia frene a él.— 4.º Finalmente, a la *multitud*, ignorante y grosera, que rechazaba con furor una religión que condenaba su vida de placeres y de goces mundanos.

Nada se ahorró para ahogar a la religión naciente en su cuna; los primeros cristianos fueron el blanco de todos los desprecios, del odio, de las calumnias y de las persecuciones. Porque no adoraban a los ídolos, se les acusaba de ser la causa de todas las desgracias pública; se les llamaba *impíos, sacrílegos, enemigos de la patria*. Los dogmas mismos del cristianismo, desnaturalizados por la ignorancia, servían de pretexto para las más

absurdas calumnias. Durante trescientos años, los emperadores romanos, dueños y señores del mundo, desplegaron todo su poder y crueldad en ahogar en sangre a los discípulos de Cristo.

c) Obstáculos de parte de la doctrina cristiana.— Había que hacer aceptar la religión cristiana, la cual, lejos de ofrecer ningún atractivo natural al espíritu y al corazón del hombre, era, por su perfección y su severidad, de naturaleza tal, que más bien provocaba una repulsión invencible. *Por su dogma,* el cristianismo impone la creencia en misterios que confunden la razón: un *solo Dios* en tres personas; *un Dios nacido de Madre Virgen* y concebido sin concurso de varón, por obra del Espíritu Santo; un Dios que *nace* pobre, *vive* humilde y *muere* en una cruz como el último de los criminales...

Por su moral severa, la religión cristiana combate las pasiones, condena todos los vicios, prescribe todas las virtudes. ¡Qué contraste entre la vida de los paganos y la que se imponía a los cristianos! Ser humilde, modesto, dulce, paciente, caritativo hasta amar a los propios enemigos; despegado de los bienes de la tierra hasta preferir la indigencia a la injusticia: casto hasta rechazar el pensamiento del mal; fiel a su religión hasta el martirio. He ahí lo que el cristianismo pedía a hombres que, bajo el patrocinio de los dioses del paganismo, podían, sin remordimientos, satisfacer todas sus inclinaciones y entregarse a todos los desórdenes. La religión cristiana era, pues, de suyo un obstáculo naturalmente invencible.

2.° **Impotencia de los medios.**— *¿Cuáles fueron los medios empleados para establecer la religión cristiana?* — El principal fue la predicación de los apóstoles. Pues bien, todo concurría a desacreditar su doctrina, a hacer fracasar su proyecto. Los apóstoles son *doce,* doce *judíos* despreciados por el resto de los judíos; y no poseen nada que pueda dar autoridad a su predicación.

El hombre posee en este mundo tres poderes: la *espada,* el *oro* y la *palabra.* Los apóstoles no tienen ninguno de ellos: ni

son poderosos, ni ricos, ni sabios, ni oradores. Hacen prosélitos no empuñando las armas, sino cayendo víctimas de ellas. No tienen más arma que su confianza en Dios y la oración. — Pobres y obligados a vivir de limosnas o del trabajo de sus manos, no pueden ofrecer el *oro* que procura placeres y honores. A sus discípulos no prometen para la vida presente más que persecuciones, suplicios y, a veces un cruel martirio.— Ignorantes y sin prestigio, no pueden sino provocar la risa del público al predicar, en un lenguaje rudo, dogmas incomprensibles, una moral que espanta y la adoración de una cruz.

Y nos se diga que el cristianismo se propagó al *amparo de la ignorancia.*— Porque la difusión del Evangelio se efectuó en el siglo de Augusto, en el siglo más culto y más ilustrado, cuando el Imperios Romano estaba lleno de filósofos, de oradores, de poetas, de historiadores; a estos genios de la Roma antigua, a estos hombres orgullosos de su saber y de su elocuencia, vienen algunos pobres pescadores de Galilea a enseñar dogmas que la razón no puede comprender. — La época es también la más corrompida, en ella el vicio reina bajo todas su formas; y a estos hombres podridos de sensualidad vienen los apóstoles a predicar la *humildad*, la *castidad*, la *mortificación.*

«Dios eligió a los necios según el mundo para avergonzar a los sabios; y a los flacos del mundo escogió para avergonzar a los fuertes; y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que ningún hombre se jacte en su presencia» (1 Cor. 1,27—29).— Si Dios se hubiera valido o del poder de los Césares, o de la ciencia de los filósofos, o de la elocuencia de los oradores para convertir al mundo; los Césares, los filósofos, los oradores se hubieran atribuído la gloria de la empresa. Pero no habiendo empleado Dios sino la sencillez de doce pobres pescadores, es más claro que la luz meridiana que la gloria de esta gran revolución le pertenece a Él solo. Es la obra maestra de la potencia y sabiduría divinas.

3.º **Rapidez y generalidad del éxito.**— *¿Cuál fue el éxito de la empresa?* La propagación del cristianismo fue tan rápida como

general. Después de Pentecostés los apóstoles fundan en Jerusalén una iglesia floreciente. Evangelizan la Judea, la Galilea y la Samaria: una multitud de judíos y aun varios sacerdotes de la antigua ley, abrazan la ley nueva (Hech. 6,7)

Los apóstoles se dispersan por diversas regiones: Asia, Egipto, Grecia, Italia, Germania, Galia, etc., oyen a los *Enviados de Dios;* y éstos fundan iglesias por todas partes, y envían misioneros a las regiones más apartadas.

San Pedro funda la de Antioquía, capital del Asia Menor, donde, por primera vez, los discípulos del *Cristo* son llamados *cristianos;* después traslada su Sede a **Roma,** capital del imperio romano, haciendo del foco del paganismo el centro, la **Iglesia—Madre** de la cristiandad.

San Pablo evangeliza el Asia Menor, Macedonia, Grecia e Italia; Santiago el Mayor, España; San Andrés, Escitia y Tracia; Santo Tomás, el país de Partos y China; San Bartolomé, las Indias, etc.

A las Galias llegan San Dionisio Areopagita, que predica en París; San Marcial, en Mende y en Limoges; San Trófimo, en Arlés; San Lázaro, el resucitado, en Marsella, etc. Así el Oriente y el Occidente reciben el Evangelio.

San Pablo, veinticuatro años después de la muerte de Jesucristo, pudo escribir a los romanos: «*Vuestra fe es anunciada al mundo entero.*»

San Justino, menos de cien años después de la muerte de Jesucristo, puede decir en su diálogo con *Trifón: «No hay nación, civilizada o bárbara, en la que no se haya ofrecido, en nombre de* **Jesús crucificado,** *oraciones al Padre y Creador de todas las cosas.»*

Los escritores paganos de la época hacen notar su asombro: el historiador Tácito nos dice que, bajo el reinado de Nerón, causó estupefacción el descubrir en Roma un *número tan crecido* de cristianos.— Séneca, preceptor de este príncipe, añade: «El cristianismo se ha fortalecido de tal manera, que se ha di-

fundido por todos los países: *los vencidos han dictado la ley a los vencedores.»*

Todo el mundo conoce las altivas palabras de Tertuliano a los magistrados romanos: «Somos de ayer, y ya llenamos todo: vuestras ciudades, vuestras islas, vuestros castillos, vuestras aldeas, vuestros campos, vuestras tribus, vuestras decurias, el palacio, el senado, el foro; sólo os dejamos vuestros templos... Si nos separáramos de vosotros, os asustaríais de vuestra soledad» (Apología 37)

El triunfo de la religión de Jesucristo fue tal, que, al cabo de tres siglos, el paganismo había caído, y Constantino, el primer emperador cristiano, colocaba la cruz sobre el Capitolio.

¿Es explicable, sin la intervención de Dios, una propagación tan rápida? ¿Puede citarse un hecho más contrario a todas las leyes de la naturaleza? ¿No es un milagro de primer orden, un milagro tan patente como la resurrección de un muerto, la conversión del mundo pagano llevada a cabo, a pesar de todos los obstáculos, por un puñado de hombres del pueblo? Esto no es obra humana, es obra divina: *A Domino factum est.*

4.º **Causa de la conversión del mundo**. — Para establecer la creencia en los hechos positivos del Evangelio, la creencia en una doctrina que supera la inteligencia humana, era necesario que Dios interviniera sobrenaturalmente, dentro de los corazones, con *su gracia todopoderosa,* y fuera de ellos, con el *milagro.* El milagro suplía la debilidad de los apóstoles; hacía las veces de la ciencia, del genio, de la elocuencia; les conciliaba el respeto y la admiración de los pueblos; era la *señal incontrastable* de su *misión divina.* Es evidente que si los apóstoles no hubieran sido *enviados de Dios,* cuyo poder era el único capaz de hacerlos triunfar, hoy día, en lugar de esta Iglesia que se extiende hasta los confines de la tierra, no quedaría de su tentativa más que el recuerdo de una locura sublime.

CONCLUSIÓN.— Se puede terminar esta demostración con el célebre dilema que San Agustín proponía a los incrédulos de

su tiempo. Puesto que no ha sido refutado todavía, lo proponemos a todos los incrédulos modernos:

LA RELIGIÓN SE HA ESTABLECIDO, O POR LOS MILAGROS, O SIN EL AUXILIO DE LOS MILAGROS.

Meditad bien vuestra respuesta y elegid con toda libertad.

1.º Si confesáis los milagros de Jesucristo y de los apóstoles, al hacerlo así confesáis que la religión cristiana es *obra de Dios*, porque sólo Dios puede obrar milagros verdaderos, y no puede obrarlos sino en favor de una religión verdadera y divina.

2.º Si negáis estos milagros, establecéis mejor todavía la divinidad de la religión cristiana. Porque si una religión, enemiga de todas las pasiones, incomprensible en sus dogmas, severa en su moral, se ha establecido sin el auxilio de los milagros, este mismo hecho es el mayor y más inaudito de los milagros.

Dadle todas las vueltas que queráis: este dilema es un círculo de hierro del que no podéis salir.

OBJECIÓN.— A fin de eludir la fuerza abrumadora de esta prueba invencible, dicen los incrédulos modernos: *El mahometismo* y *el protestantismo se han propagado también rápidamente, y, sin embargo, estas religiones no son divinas.*

R. La comparación no es posible: todo favorecía a estas falsas religiones, mientras que todo era contrario a la religión cristiana. 1.º El *mahometismo*, fundado por Mahoma en el siglo VII, entre los pueblos ignorantes de la Arabia, es una mezcla de mosaísmo y de cristianismo, muy conforme a las aspiraciones de la naturaleza corrompida. Es una religión muy cómoda. Un solo *dogma* lo resume todo: *Dios es Dios y Mahoma su profeta.* Su moral es facilísima: algunas purificaciones, algunas prácticas exteriores, y con esto plena libertad a todos los malos instintos de la carne mediante la *poligamia* y el *divorcio.*

El *medio de propaganda* empleado por Mahoma y sus partidarios es la fuerza de las armas. *Cree* o *muere*, tal es su divisa. El instrumento de conversión es la *cimitarra.*

Así el mahometismo se propaga suprimiendo todo misterio, mientras que la religión de Cristo se propaga a pesar de los

dogmas incomprensibles que impone a la razón; —el uno gracias a las pasiones que halaga, a los desórdenes que permite; la otra a pesar de las pasiones que combate y de la leyes severas que impone.— El mahometismo hace prosélitos a la fuerza; el cristianismo se extiende a pesar de la fuerza, de las persecuciones más violentas y del mismo martirio de sus secuaces.

Pascal tenía razón cuando afirmaba: «Mahoma se estableció matando; Jesucristo, dejando que mataran a los suyos... Jesucristo y Mahoma tomaron caminos y medios tan opuestos, que, supuesto el triunfo de la doctrina de Mahoma, Jesús debía fracasar, y el cristianismo perecer, si no hubiera sido sostenido por una fuerza divina.» No hay, pues, comparación posible entre la propagación del islamismo y la de la religión cristiana.

2.º La difusión del *protestantismo* entre algunas naciones católicas es obra de las pasiones humanas. Fue presentado, al principio, no como una religión nueva, sino como una *reforma* y un retorno al cristianismo primitivo. Los protestantes se llamaban *reformados* — la voz de los siglos los llama *deformados.* — ¡Curiosa reforma que suprime toda autoridad religiosa, suprime las leyes molestas: *confesión, ayunos, abstinencias,* y da, finalmente, completa libertad para creer y obrar a capricho!

El protestantismo halagó, para establecerse, todas las pasiones: el *orgullo,* otorgando a cada uno el derecho de creer lo que quiera; — *la avaricia,* permitiendo a sus secuaces apoderarse de los bienes de la Iglesia: — La *lujuria,* suprimiendo la continencia; — la *gula,* aboliendo las abstinencias y los ayunos; — la *pereza,* negando la necesidad de las buenas obras.

Las pasiones, la violencia de los príncipes, la ignorancia del pueblo, las calumnias esparcidas contra la Iglesia, las guerras religiosas y las medidas de proscripción contra los católicos, tales son los *medios* de propaganda del protestantismo, que no se ha mantenido sino gracias al apoyo del poder civil. La historia lo testifica.

Las pretendidas conversiones de los protestantes se limitan a pervertir a algunos indiferentes y a la distribución de Biblias. Muéstresenos una sola nación bárbara que haya sido civilizada

por el protestantismo. Todas las herejías padecen de esterilidad. Todos los esfuerzos de los misioneros protestantes tienden más a la destrucción de las misiones católicas que a la conversión de los pueblos paganos. Tertuliano había ya notado esta perversa inclinación en los herejes de su tiempo, cuando decía: «Su principal aspiración consiste, no en convertir a los paganos, sino en pervertir a los nuestros.»

Narración.— *Llegada de San Pedro a Roma.* — Bajo el reinado de Claudio, el año 42 de nuestra era, un viajero, cubierto de polvo y abrumado por el cansancio de un largo camino, llegaba a la entrada de Roma, cerca de la puerta Naval.

Un filósofo romano, amante de novedades, impresionado al observar el traje del extranjero y de expresión grave e inteligente de su rostro, le habló, entablándose el diálogo siguiente:

EL FILÓSOFO.— Extranjero, ¿de dónde vienes? ¿Cuál es tu país?

PEDRO.— Vengo de Oriente; y pertenezco a una raza que vosotros detestáis, a la que habéis expulsado de Roma: mis compatriotas se encuentran relegados al otro lado del Tíber. Soy *judío* de nación, nacido en Betsaida de Galilea.

EL FILÓSOFO.— ¿Qué es lo que te trae a Roma?

PEDRO.— Vengo a destruir el culto de los dioses que vosotros adoráis y a haceros conocer el *único verdadero Dios* que no conocéis. Vengo a establecer una religión nueva, la única buena, la única divina.

EL FILÓSOFO.— ¡A fe que esto es algo nuevo! ¡Hacer conocer un nuevo Dios, establecer una religión nueva!... ¡La empresa es grande! Pero, ¿cuál es el Dios desconocido de que hablas?

PEDRO.— Es el Dios que ha creado el cielo y la tierra; es *un solo Dios* en *tres personas:* Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dios Padre ha enviado al mundo a su Hijo único, Jesucristo, que se hizo hombre sin dejar de ser Dios.— *Como hombre,* fue al principio carpintero de una pequeña aldea, Nazaret; vivió pobre; murió en una cruz en Jerusalén para expiar los pecados del mundo, pero resucitó al tercer día. *Como Dios,* tiene todo poder en el

cielo y en la tierra, y me envía para deciros que todos los dioses del Imperio no son sino falsas deidades introducidas por el demonio. Él es el único verdadero Dios a quien se debe adorar en todo el universo.

EL FILÓSOFO.— ¡Por Júpiter, tú deliras!... ¡Tú querrías derribar los altares de nuestros dioses, que han dado a los romanos el imperio del mundo, para hacer adorar en su lugar a un **Dios crucificado**! Pero ¿puede, acaso, imaginarse algo más absurdo, más impío?

PEDRO.— No, no deliro. Dentro de poco vuestros templos serán un montón de ruinas; y en Roma no habrá más que un solo Dios, el Dios crucificado en Jerusalén.

EL FILÓSOFO.— ¿Y qué vienes a anunciarnos de parte de un Dios tan extraño?... Seguramente tu religión debe ser cómoda, fácil y atrayente, puesto que esperas substituir con ella la religión del Imperio.

PEDRO.— La religión que yo predico parece una locura a los hombres. Obliga a la *inteligencia* a creer misterios insondables, y al *corazón* a domar todas sus pasiones. Condena todos los vicios que tienen templos en esta ciudad; impone la práctica de las virtudes más difíciles: la *humildad,* la *castidad,* la *caridad,* la *penitencia.*

EL FILÓSOFO.— ¿Y qué prometes a los secuaces de tu religión?

PEDRO.— Aquí en la tierra tendrán que soportar incesantes luchas, privaciones y sufrimientos. Deben estar prontos a sacrificarlo todo, hasta la propia vida, antes que apostatar de su fe. Pero en el cielo, después de su muerte, yo les prometo un trono de gloria más hermoso que todos los tronos del mundo.

EL FILÓSOFO.— Si los romanos renuncian a las delicias de la vida para abrazar tu religión tan austera; si cambian los bienes presentes por los tronos que les prometes sobre las nubes, yo te miraré como a un Dios

PEDRO.— Yo no soy nada por mí mismo, pero Aquel que me envía es todopoderoso. Vengo en su nombre a enseñar a todas las naciones, y a restablecer su religión en todo el universo.

EL FILÓSOFO.— ¡Dioses inmortales! ¡Jamás hombre alguno soñó con semejante proyecto!... Establecer una religión de tal naturaleza en Roma, en el centro de la civilización y de las luces; querer hacer adorar a un *Galileo crucificado*, ¡es locura!... ¿Quién eres tú para soñar en semejantes empresas?

PEDRO.— ¿Ves allá en la orilla a aquellos pescadores? Pues ese es mi oficio. Para ganar el pan he pasado una buena parte de mi vida remendando redes y pescando en un pequeño lago de mi tierra.

EL FILÓSOFO.— ¿De *qué medios* dispones para imponer al mundo tus ideas? ¿Tienes, por ventura, soldados más numerosos y más valientes que los de César?

PEDRO.— Nosotros somos doce, diseminados por todos los pueblos, y mi Dios me prohibe emplear la violencia. Él nos ha enviado *como ovejas en medio de lobos.* No tengo más arma que esta cruz de madera...

EL FILÓSOFO.— ¿Posees, al menos, inmensos tesoros para ganar discípulos?

PEDRO.— No tengo ni oro ni plata. En el mundo no poseo más que este vestido que me cubre.

EL FILÓSOFO.— En ese caso, confiarás en tu elocuencia. ¿Cuánto tiempo has estudiado con los retóricos de Atenas o de Alejandría el arte de persuadir a los hombres?

PEDRO.— Ignoro los artificios del lenguaje. No he frecuentado más escuela que la del carpintero, mi Maestro, y no sé nada de fuera de la santa religión que Él me ha enseñado.

EL FILÓSOFO.— Pero ¿esperas tú entonces que los emperadores, los magistrados, los gobernadores de provincia, los ricos y los sabios favorecerán tu empresa?

PEDRO.— No; toda mi esperanza está en Dios. ¿Cómo podría yo contar con los ricos, los sabios y los Césares?... Yo mando a los ricos que desprecien sus riquezas, a los sabios que sometan su razón al yugo de la fe, a César que abdique su dignidad de gran Pontífice y acate las órdenes de **Aquel** que me envía.

EL FILÓSOFO.— En tales condiciones, fácil cosa es prever que todo estará contra ti. ¿Qué intentas hacer cuando tal suceda?

PEDRO.— Morir en una cruz: mi divino Maestro me lo ha predicho.

EL FILÓSOFO. Verdaderamente esto es lo más verosímil de todo cuanto acabas de decirme. Extranjero, tu empresa es una locura... ¡Adiós!

El romano se va, mientras, hablando consigo mismo, dice: «¡Pobre loco! Es una lástima que este judío haya perdido la cabeza; parece una persona respetable.»

Pedro besa su cruz de madera y penetra en Roma. Allí, a pesar de los sacerdotes, a pesar de los filósofos, a pesar de los Césares, funda la religión de Jesucristo; hace adorar por esos orgullosos romanos a un *judío crucificado;* persuade a los voluptuosos a que practiquen la penitencia, y puebla de vírgenes aquella ciudad disoluta. El ignorante pescador demuestra su doctrina tan cumplidamente, que los que la abrazan derraman con gusto su sangre en defensa de las misma.

Algunos años más tarde, el apóstol extiende sus brazos en la cruz que ha predicado. Su muerte fija para siempre en Roma la sede de su imperio. Después de su martirio, la cátedra desde la cual ha enseñando nunca queda vacante. Durante trescientos años la espada de los Césares hiere a todos los que la ocupan. Pero su trigésimo segundo sucesor bautiza al César y enarbola la cruz sobre el Capitolio. En adelante, la cruz de madera llevada a Roma por Pedro reinará sobre el mundo: *Stat crux dum volvitur orbis.*

¿No es esto un milagro? ¡Un pescador triunfa de todo el poder romano encarnizado en destruir su obra, y el mundo adora a un *judío crucificado,* bajo la palabra de doce pescadores de Galilea! ¡Esto no era humanamente posible y, sin embargo, ha sucedido!... La locura de la cruz ha triunfado de todo el universo: he aquí el monumento inmortal de la divinidad del Cristianismo. *!El dedo de Dios está ahí!...*

Narración.— *El carpintero de Nevers.*— Mons. Gaume arguye en esta forma a un librepensador: «Puesto que pretendéis que la conversión del mundo por un *judío crucificado* es una cosa

muy natural y muy lógica, ¿por qué, después de tantos siglos, nadie ha repetido jamás el experimento? Ensayadlo vos mismo, os lo ruego. Nunca empresa alguna fue más digna de un gran corazón: vuestra filantropía, vuestra compasión por el género humano, doblegado bajo el yugo de la superstición, os prohiben rehusar el experimento propuesto; conocéis los elementos del problema y los tenéis al alcance de la mano.

Un día bajáis a las orillas del Loira, llamáis a doce marineros y les decís: «*Amigos míos, dejad vuestras barcas y vuestras redes, seguidme.*» Ellos os siguen; subís con ellos a la inmediata colina, y, apartándoos un poco, los hacéis sentar sobre el césped y les habláis de la siguiente manera:

«— Vosotros me conocéis, sabéis que soy carpintero e hijo de un carpintero. Hace treinta años que trabajo en el taller de mi padre. ¡Pues bien! Estáis en un error; no soy lo que vosotros pensáis. Aquí donde me veis, yo soy Dios; yo soy quien ha creado el cielo y la tierra. He resuelto hacerme conocer y adorar en todo el universo hasta el fin de los siglos. Quiero asociaros a mi gloria. Aquí tenéis mi proyecto: empezaré recorriendo, durante algún tiempo, las campiñas de Nerves, predicando y mendigando. Se me acusa de diferentes crímenes, y yo me ingenio de tal modo que me hago condenar a muerte y conducir al cadalso. Ese en mi triunfo.»

«Algunos días después de mi muerte, vosotros recorreréis las calles de Nevers, detenéis a los que pasan y les decís: Oíd la gran novedad. Aquel carpintero que vosotros conocíais, que ha sido condenado a muerte por el tribunal y guillotinado en estos últimos días, es el Hijo de Dios. Él nos ha encargado de decíroslo y de ordenaros que le adoréis con nosotros; de lo contrario, iréis al infierno. Para tener la dicha y el placer de adorarle, todos vosotros, hombres y mujeres, pobres y ricos, debéis empezar reconociendo que vosotros y vuestros padres y todos los pueblos civilizados no habéis sido hasta aquí más que unos idiotas, y que os habéis engañado al adorar groseramente al Dios de los cristianos.

«Después debéis arrodillaros a nuestros pies, decirnos todos vuestros pecados, aun los más secretos, y hacer todas las

penitencias que nos parezca bien imponeros. Luego os complaceréis en dejar que se burlen de vosotros y os insulten, sin decir una palabra; consentiréis que os encarcelen, sin oponer la menor resistencia, y finalmente , os entregaréis para ser decapitado en una plaza pública, creyendo allá en lo íntimo de vuestro corazón que nada más grato podía aconteceros.

«No debo ocultároslo: todo el mundo se burlará de vosotros; no importa, vosotros hablaréis siempre. El comisario de policía os prohibirá que prediquéis mi divinidad: vosotros no le haréis caso, y seguiréis predicándola con doblado fervor. Os arrestarán nuevamente, os azotarán: dejaos azotar. Finalmente, para imponeros silencio, os cortarán la cabeza: dejaos cortar la cabeza; entonces todo marchará a las mil maravillas.

«Cuando esto haya sucedido, habremos obtenido un triunfo completo; todo el mundo se querrá convertir, yo seré reconocido como el verdadero Dios, se me adorará en Nevers, en París, en Roma, en Londres, en San Petersburgo, en Constantinopla, en Pekín.

«Bien pronto el taller de mi padre se convertirá en una hermosa capilla, a la que acudirán turbas de peregrinos de los cuatro puntos cardinales. En cuanto a vosotros, seréis mis doce apóstoles, doce santos, cuya protección se invocará en todo el universo. ¡Qué gloria para vosotros!. Convertir el mundo no es más difícil de lo que acabo de deciros, y ése es mi proyecto. Como veis, es muy sencillo, muy fácil, muy conforme a las leyes de la naturaleza y de la lógica. Puedo contar con vosotros, ¿verdad?».

Es fácil adivinar cómo sería recibido semejante discurso. Me parece oír a los buenos marineros, furiosos por la burla de que son objeto, increpar entre amenazas a su autor; me parece verlos descender a la ciudad y anunciar por todas partes que el carpintero fulano ha perdido la cabeza... Y no me extrañaría oír que, ese mismo día de los homenajes divinos, gozaría del privilegio indiscutido de ocupar el primer puesto entre los locos.

Sin embargo, notémoslo bien, el proyecto del carpintero de Nevers, que es, sin duda alguna, lo sublime de la locura, no es

más insensato que el de *Jesús de Nazaret*, si Jesús no es más que un simple mortal. ¿Qué digo?. Es mucho menos absurdo todavía. Un carpintero de Nevers no lleva desventaja a un carpintero de Nazaret; un francés guillotinado no es inferior a un judío crucificado; doce marineros del Loira valen tanto, si no más, que doce pescadores de los pequeños lagos de Galilea.

Hacer adorar a un ciudadano francés del siglo XIX es menos difícil que hacer adorar a un judío en el siglo de Augusto. En el primer caso, sólo sería preciso apartar a los pueblos de una religión, contraria a todas las pasiones. En el segundo caso, era necesario arrancar a los pueblos de una religión que halagaba todos los malos instintos del hombre.

Así, pues, cuando se quiere explicar el establecimiento del cristianismo por causas humanas, se llega con la mayor facilidad al último grado de los ridículo. Y, sin embargo, no hay efecto sin causa: haga lo que quiera el incrédulo, el cristianismo es un hecho, y este hecho importuno se yergue ante él con toda su sublimidad. Si, pues, no hay causa humana que pueda explicar el establecimiento del cristianismo, hay que reconocer una causa divina».—Extracto de MONSEÑOR GAUME.

VI. Número y constancia de los mártires cristianos

123. P. ***El número y la constancia de los mártires ¿prueban la divinidad de la religión cristiana?.***

R. Sí; el *número* de los mártires durante los tres primeros siglos de la Iglesia, su constancia en los suplicios, los *frutos maravillosos* de su heroísmo prueban evidentemente la divinidad de la religión cristiana.

1.º La historia testifica que millones de hombres, testigos de los milagros de Jesucristo o de los apóstoles, afrontaron los suplicios y la muerte antes que renegar de su religión. No pudieron proceder así sin estar convencidos de la *realidad de los hechos* que sirven de fundamento al cristianismo. Es así que se *debe creer a testigos que se dejan degollar* por sostener la verdad de su testimonio; luego el testimonio de los márti-

res es una prueba luminosa de la divinidad de la religión cristiana.

2.º La *constancia* de los mártires en los tormentos es superior a las fuerzas humanas. Su valor no puede venir sino de Dios: ellos lo declaran, los paganos lo reconocen, y Dios lo confirma con milagros. Pero como Dios no puede poner su fuerza al servicio del error y de la mentira, debemos concluir que la religión profesada por lo mártires es una religión divina.

3.º El martirio de los cristianos fue causa de la difusión maravillosa del cristianismo. Las conversiones de los paganos, testigos de su heroísmo, aumentaron de tal suerte, que Tertuliano pudo decir: *La sangre de los mártires es semilla de cristianos.* Pues bien, esas conversiones, tanto por su número como por su rapidez y perseverancia, constituyen un *hecho sobrenatural y divino*, que prueba también la divinidad de la religión cristiana.

La palabra *mártir* significa *testigo*; los mártires han dado a la Iglesia el testimonio de su sangre.

Los mártires de la Iglesia primitiva pueden ser considerados de dos maneras distintas:

1.º *En su aspecto puramente natural;* y entonces son *testigos oculares* o de los milagros de Jesucristo, como los apóstoles y los discípulos, o de los milagros obrados por los apóstoles. Su testimonio es una *prueba humana invencible* de la realidad de los hechos que sirven de fundamento al cristianismo.

2.º *En su aspecto sobrenatural;* los mártires muestran un *valor* que supera las fuerzas humanas. Su *constancia* constituye un *milagro* del *orden moral*, como la profecía constituye un milagro del orden intelectual, y la resurrección de un muerto un milagro del orden físico. Así considerada, su constancia es una prueba de *autoridad divina* en favor de la religión cristiana, por que Dios nos presta su apoyo para sostener la mentira.

I.º **Número de los mártires.—** La historia de los primeros siglos de la Iglesia refiere que hubo una multitud innumerable de mártires. El hecho no sólo lo afirman los autores cristianos, sino que lo confirman, además, *Tácito, Libanio, Plinio el Joven* y

otros historiadores paganos. Se cuentan desde Nerón (año 64) hasta Constantino (año 312) *diez persecuciones generales*, además de las persecuciones locales. Según documentos de la mayor autenticidad, el número de los mártires se calcula en unos **once** a **doce** millones, durante los tres primeros siglos de la Iglesia. La última persecución, ordenada por Diocleciano, fue tan violenta, que este emperador creyó haber borrado el nombre cristiano de la sobrehaz de la tierra, como lo prueba el hecho de haber mandado acuñar una medalla con esta inscripción: *Nomine christianorum deleio* (1).

— **Barbarie de sus suplicios.**— Los mártires sufrieron todo lo que la barbarie puede inventar de más cruel. Fueron extendidos en el potro, flagelados con azōtes de cuero provistos de puntas emplomadas, desollados vivos, desgarrados con tenazas o garfios de hierro, quemados con antorchas, crucificados, devorados por los tigres y los leones, cubiertos de planchas de metal calentadas al rojo, sumergidos en aceite hirviendo, asados a fuego lento en parrillas; en fin, según la frase de Tácito, torturados con los tormentos más refinados, *exquisitisimis poenis* (2).

— **Valor del testimonio de los mártires.** — El testimonio de los mártires es una prueba evidente de la divinidad del cristianismo. Y de ello es fácil convencerse con sólo considerar el significado de la palabra *mártir*, que quiere decir *testigos*, y la *naturaleza de la pruebas* que debe tener una *religión revelada*.

Tal religión debe demostrarse con **hechos**, porque se trata de saber si Dios ha hablado a los hombres, y si los enviados de Dios han comprobado su misión divina por medio de milagros.

Ahora bien, en todos los tribunales del mundo, *los hechos* no pueden ser probados más que por el testimonio inmediato o mediato de personas fidedignas. Varios testigos dignos de fe bastan para establecer la certeza de un hecho.

Para probar que el cristianismo es una *religión revelada* por Dios, era necesario demostrar que Jesucristo, su fundador, ha-

---

(1) Véase *Actas de los mártires*, editadas con sabia crítica por el R. Padre RUINARD.
(2) *Véase Vidas de los santos por los Bolandistas.*

bía predicado en la Judea, que había hecho milagros y profecías, que había muerto, resucitado y subido a los cielos, en prueba de su misión divina. Ésos son los *hechos* que Jesucristo había encargado a sus apóstoles que atestiguaran, cuando les dijo: *«Daréis testimonio de Mí en Jerusalén y en toda la Judea y Samaria, y hasta lo último de la tierra»* (Hech.1,8).

Entre los mártires, unos habían sido *testigos oculares* de los milagros de Jesucristo, y otros de los *milagros de los apóstoles.* Estos testigos no son veinte, treinta ni cien, sino millones, que, durante más de trescientos años, atestiguaron esos hechos en todas las partes del mundo, no solamente con juramento, sino también con el sacrificio de la propia vida en medio de los suplicios más atroces.

No hay duda que un testigo dice la verdad cuando su testimonio dista tanto de procurarle alguna ventaja, que, antes al contrario, le ocasiona la pérdida de sus bienes y de la vida misma. Luego el testimonio de los mártires, en favor de los hechos que son la base de la religión cristiana, es superior a toda prueba jurídica y hasta rebasa los límites de la ley y de la naturaleza.

2.º **Constancia de los mártires.**— Una muchedumbre inmensa de cristianos de todas las nacionalidades y condiciones, de todas edades y sexos, aceptan *libremente* las torturas más horribles antes que renegar de su religión. Esta muchedumbre es pacífica y mansa; nada se descubre en ella que recuerde el fanatismo de los partidos políticos, de las sectas secretas, de las sublevaciones populares. Sus tormentos son espantosos; sus verdugos, implacables; sus jueces, inflexibles; y nada es capaz de debilitar su constancia, nada puede agotar su paciencia, nada alcanza a alterar su dulce y modesta resignación. Interrogados, hablan con tal prudencia, firmeza y oportunidad, que justifican la promesa que les hiciera el Salvador de su divina asistencia (Mt.10,19).— Tranquilos, y sonrientes, fijos los ojos en el cielo, expiran orando por sus verdugos.

¿No es éste un gran milagro? ¿Es, por ventura, cosa natural que niños, jovencitas, mujeres y viejos decrépitos acepten los más horribles suplicios sin temor y hasta con júbilo?. ¡Oh! de

ningún modo. No es la naturaleza la que puede dar al hombre este valor sereno, perseverante, heroico, que arrastra impávido las torturas más terribles; no es la naturaleza la que hace aceptar los sufrimientos como un bien, cuando una sola palabra, un solo gesto de apostasía puede librar de los suplicios y de la muerte. Para obrar así, se necesita que una fuerza sobrenatural acuda en socorro de la debilidad humana.

No se puede invocar el *amor a la gloria, la vana esperanza* de los bienes futuros, y menos todavía el *fanatismo*.

a) No se puede atribuir la constancia de los mártires al *amor a la gloria*: los cristianos sabían que su nombre era objeto de execración para la sociedad pagana, que, al aceptar el martirio, se llenaban de infamia.— Muchos mártires sacrificados en montón estaban perfectamente seguros de que su nombre y su tumba permanecerían ignorados de los hombres, y sólo serían conocidos por Dios.

b) No cabe tampoco atribuirla a la *vana esperanza de los bienes futuros:* porque si esta esperanza no hubiera estado fundada en *pruebas sólidas*, no hubiera, podido mover a la aceptación del martirio a una muchedumbre inmensa de hombres notables por su prudencia y su saber. Los cristianos no pudieron menos de razonar como el Apóstol: «*Si Jesús no ha resucitado, es vana nuestra fe, como es vana nuestra predicación. Si los muertos no resucitan, nosotros somos lo más desgraciados de los hombres, y si así es, comamos y bebamos, pues mañana moriremos.*»

c) *Menos aún es posible atribuir la constancia de los mártires al fanatismo*.— No hay ni sombra de analogía entre el fanatismo y el valor de los mártires. El fanatismo es fruto de la ignorancia y del error; el valor es hijo de la luz y de la verdad.— El fanático muere por una creencia en que no ha reflexionado bastante, o por *opiniones personales* desprovistas de pruebas. El mártir, al contrario, da su vida para atestiguar hechos ciertos o en favor de creencias de las cuales posee pruebas decisivas.

Para el fanático, el suplicio no es más que una desgracia inevitable, un ímpetu de desesperación, el incidente de una lu-

cha. El mártir, al contrario, abraza el suplicio por elección espontánea y meditada.— En el fanatismo, el valor tiene su origen en la exaltación y en la vanidad: es un leopardo que, al caer, quiere gozar el placer de desgarrar las carnes del que le abate. El mártir católico lleva el perdón en su corazón, la ternura en la mirada, la bendición en los labios. Su valor nace de su ardiente amor a Dios, a Jesucristo y a su Iglesia. —Finalmente, el fanatismo no es más que una debilidad temporal y local; nunca ha contado más que un reducido número de víctimas, mientras que la Iglesia católica ha producido, en diez y nueve siglos, *cerca de treinta millones* de mártires.

La constancia y el valor de los mártires vienen de Dios.— Así se evidencia: a) por la *declaración de los mártires mismos*, los cuales se mostraban contestes en afirmar que, sin el auxilio de Dios, no podrían soportar las torturas. Por eso se encomendaban a las oraciones de los fieles para obtener la gracia de salir victoriosos del combate.— Aparte de esto, más de una vez se vio a algunos que, confiando demasiado en sus propias fuerzas, se rindieron a la atrocidad de los tormentos.

b) Los *paganos confesaban* la imposibilidad de que los mártires soportaran semejantes suplicios sin un auxilio especial de Dios. Por eso frecuentemente exclamaban: *¡Qué grande es el Dios de los cristianos, puesto que da tal fuerza a sus adoradores!*.

c) Finalmente, pruébanlo también los *milagros innumerables* obrados en favor de los mártires. ¡Cuántas veces las fieras, en vez de hacerlos pedazos, se postraron a sus pies, las hogueras se apagaron y los instrumentos de tortura se quebraron!. En muchos casos caminaron sobre carbones encendidos como sobre rosas; por el influjo de su sola presencia, los templos paganos se derrumbaron, los ídolos se rompieron y los mismos tiranos quedaron ora ciegos, ora paralíticos, ora muertos, a la vista de un pueblo entero que atribuía esos hechos prodigiosos a la magia, o que se convertía al cristianismo. Ante esos milagros públicos y perfectamente comprobados, es imposible poner en tela de juicio que el valor y la constancia de los mártires venían de Dios.

N.B.— Este argumento se funda, no solamente en la constancia de los mártires de la Iglesia primitiva, sino que recibe una fuerza nueva del valor heroico de *diez y ocho o veinte millones* de mártires que, después del siglo III, han muerto por la fe en diversas partes del mundo. Un valor tan extraordinario en *tan enorme muchedumbre de mártires* no se puede explicar por causas naturales; hay que atribuirlo a la virtud divina, única que puede obrar tales maravillas en sus débiles criaturas.

3.º **Fruto maravillosos del martirio.**— Los suplicios de los mártires fueron causa de la *multiplicación maravillosa de los cristianos.* Tenemos como testigo a *Tertuliano*, que increpa en esta forma a los gobernadores: *«Sometednos a la tortura, atormentadnos, condenadnos, aplastadnos... Nuestro número aumenta siempre que nos segáis; la sangre de los cristianos es semilla que produce más cristianos... Vuestra crueldad refinadísima no consigue otra cosa que aumentar nuestro número.»*

Arnobios y *Lactancio* dicen lo mismo. *Teodoreto* añade la siguiente comparación: *«Cuando el leñador corta los árboles de un bosque, los troncos producen más renuevos que los que hubieran brotado de las ramas cortadas; del mismo modo, cuanto mayor es el número de piadosas víctimas inmoladas por vosotros, tanto mayor es el número de los que abrazan la doctrina del Evangelio.»*

Libanio, autor pagano, confiesa que el cristianismo había hecho grandes progresos por el martirio de sus fieles, y de clara que fue esto lo que impidió a Juliano el Apóstata renovar los edictos sangrientos publicados contra ellos en los siglos anteriores.

Ahora bien, este hecho no puede ser efecto de una causa natural o humana; es imposible que los hombres no se sientan retraídos de abrazar una religión que los expone a una muerte cierta y cruel, si no los impulsa a abrazarla una inspiración divina.

CONCLUSIÓN.—«El valor milagroso de los mártires es evidentemente una prueba irrefragable de la verdad del cristianismo y de su origen divino. Dios no puede servirse del milagro

para animar a un fiel a perseverar en una religión falsa. El valor sobrenatural de los mártires y, por consiguiente, la acción misma de Dios, ha fortalecido y acrecentado la religión cristiana, dándole millares de discípulos, arrastrados por el ejemplo de los mártires a ver en el cristianismo una religión divina. Este efecto ha sido querido por Dios. Concluyamos, pues que Dios mismo ha atestiguado la verdad del cristianismo, y que ha confirmado así la realidad de los hechos sobrenaturales sobre los cuales reposa la evidencia de la religión cristiana.»— WILMERS.

VII. Frutos admirables producidos por la religión cristiana

124. P. ***Los frutos de la religión cristiana ¿Son una prueba de su divinidad?.***

R. Sí; porque el árbol se conoce por sus frutos; y como la religión de Jesucristo ha producido en todas partes frutos divinos, se sigue que es divina.

Y a la verdad, la religión cristiana *ha iluminado a los hombres, los ha mejorado, los ha hecho más felices.*

1.° *Ha iluminado a los hombres.*— La primera necesidad del hombre es conocer con facilidad y certeza su origen, su naturaleza, sus deberes, su destino, lo que debe esperar o temer después de esta vida. Y todo esto no puede saberlo sin conocer a Dios, que es su creador y último fin. Pues bien, mientras las demás filosofías y religiones dejan a los hombres sumidos en la ignorancia, sólo el cristianismo da soluciones claras y precisas a todos los problemas que interesan a la humanidad. Un niño cristiano sabe más acerca de los problemas de la vida, que todos los sabios de la antigüedad y que todos los filósofos modernos.

2.° *La religión cristiana ha mejorado a los hombres.*

— No solamente ha popularizado en el mundo las virtudes dictadas por la *ley natural* o prescritas por la ley de Moisés, sino que ha hecho brotar *otras muchas virtudes*, superiores a la naturaleza humana, como la *humildad*, la *castidad perfecta*, la *caridad*, el *amor a los enemigos*, etc.

Pues bien, todas las filosofías y religiones distintas de la cristiana fueron siempre impotentes para hacer practicar a los hombres estas virtudes superiores que prescribe el Evangelio; hay, pues, en el cristianismo un principio de vida sobrenatural, una fuerza divina.

3.° *La religión cristiana ha hecho más felices a los hombres.—* Ha hecho desaparecer las principales plagas del paganismo: la *esclavitud*, el *despotismo* de la autoridad paterna, la *tiranía* del Estado y la *barbarie* de las relaciones entre los pueblos. Por todas partes y siempre la religión cristiana mejora la suerte del *individuo*, regenera la *familia*, reforma la *sociedad* y favorece la *fraternidad* de los pueblos.

Una religión que obra tales maravillas, superiores al poder humano, no puede venir del hombre: los frutos divinos revelan una savia divina. Luego los beneficios del cristianismo prueban su divinidad.

N.B.— Habituados a vivir en un mundo saturado de ideas cristianas, atribuimos al *progreso* del espíritu humano lo que hay de bueno en nuestros conocimientos, en nuestras costumbres, en nuestras leyes, en nuestra civilización: es una ilusión. Para caer en la cuenta de la verdad, basta considerar lo que era el mundo antes de la venida de Jesucristo, después de cuatro mil años de razón, de filosofía y de progreso humano.

1.° La religión cristiana ha iluminado a los hombres.—

Las verdades de la revelación primitiva se habían obscurecido en el curso de los siglos, por causa de la ignorancia y de las pasiones. «Doquiera, excepto en el pueblo judío, reinaban los *errores más groseros* acerca de las verdades que más interesa al hombre conocer y que forman la base de su vida intelectual y moral. Una sola nación adoraba al verdadero Dios; las otras se prosternaban ante los astros, las plantas, los animales y los ídolos de piedra o madera. La tierra no era más que un inmenso templo de ídolos...»

Pues bien, hoy en día, aun el pueblo mismo, si es cristiano, está perfectamente ilustrado sobre todos los problemas intere-

santes de la vida. La religión de Jesucristo ha hecho accesibles a todos, los mismo a ignorantes que a sabios, las verdades más sublimes, respecto de nuestros deberes para con Dios creador, para con nuestro prójimo y para con nosotros mismos. Interrogad al más sencillo de los campesinos, y lo encontraréis infinitamente más instruído que todos los sabios de Roma y de Grecia.

«Existe un librito que se hace aprender a los niños y sobre el cual se les interroga en la Iglesia; leed ese librito, pues es el **Catecismo**, y hallaréis en él una solución a todas las cuestiones, a todas sin excepción.

«Preguntad al cristiano de dónde viene la especie humana, él lo sabe; adónde va, él lo sabe; de qué modo camina hacia su fin, él lo sabe. Preguntad a ese pobre niño, que no ha podido aún pensar en las grandes cuestiones relativas a su vida, para qué se halla en este mundo y lo que será después de su muerte, y os dará una respuesta sublime. Preguntadle cómo ha sido creado el mundo y con qué fin; por qué Dios ha puesto en él animales y plantas; cómo ha sido poblada la tierra; si lo ha sido por una sola familia o por varias; por qué los hombres hablan varios idiomas, por qué sufren, por qué luchan entre sí y cómo terminará todo eso: él lo sabe.

«Origen del mundo, origen de la especie, origen de las razas y unidad de la especie, destino del hombre en esta vida y en la otra, relaciones del hombre con Dios, deberes del hombre para con sus semejantes, derechos del hombre sobre la creación, él nada ignora; y cuando sea grande, no vacilará tampoco respecto del derecho natural, del derecho político, del derecho de gentes, porque todo eso sale, todo eso emana con claridad y como de su propia fuente del cristianismo. He aquí lo que yo llamo una gran religión: la reconozco en esto, *que no deja sin solución ninguno* de los problemas que interesan a la humanidad.»— (T. JOUFFROY).

2°. **La religión cristiana ha mejorado a los hombres.—** Indudablemente, el hombre ha sido siempre capaz de distinguir entre el bien y el mal. Lleva escritos en el fondo de su

conciencia los principios de la *ley natural*. Pero las pasiones, el orgullo, la avaricia, la sensualidad y la ignorancia religiosa habían alterado estas luces de la razón. De ahí que reinara en la sociedad pagana esa *corrupción profunda*, justificada por el ejemplo de las divinidades del Olimpo, personificación de todos los vicios.

La religión cristiana reemplaza el culto de los ídolos por el culto del verdadero Dios. Desde su aparición, transforma las costumbres y produce una rica eflorescencia de las más heroicas virtudes. Esta transformación moral está atestiguada: 1.°, por los *escritores paganos*, que se ven obligados a reconocer la inocencia de los cristianos; 2.°, por los *emperadores romanos*, que no pueden fundar sus edictos más que sobre la negativa de los cristianos a sacrificar a los ídolos; 3.°, por los *apologistas*, que se atreven a repetir a los príncipes, a los magistrados y al pueblo, sin temor de ser desmentidos, la frase de Tertuliano: *«Se conoce a los cristianos por la pureza de su vida»* (1).

La religión cristiana *ha producido la eflorescencia de virtudes heroicas desconocidas para los paganos*. Ella persuade a los grandes la humildad;—a los orgullosos la modestia; —a los ricos la beneficencia; —a los avaros la pobreza;— a los voluptuosos la castidad; —a los vengativos el perdón de los enemigos; —a todos, en fin, la caridad, la penitencia, la abnegación y desprecio de sí mismo.—El P. Lacordaire ha explicado y dilucidado este argumento en sus conferencias del año 1844, sobre las *virtudes reservadas* al cristianismo: la *humildad*, la *castidad*, la *caridad*, etc.

Ahora bien, la religión de Jesucristo obró en escaso tiempo esta *TRANSFORMACIÓN MORAL* y produjo la eflorescencia de estas virtudes, no solamente en un pequeño número de individuos, sino en numerosas muchedumbres. La práctica de estas virtudes forma el carácter distintivo de la sociedad cristiana.— Estos efectos se producen, aun en nuestros días, en los pueblos salvajes, dondequiera que penetra la religión católica.

---

(1) Véase MONS. FREPPEL, *San Clemente, San Justino, Orígenes*, etc.

Este cambio es el resultado, no sólo de la fe en las verdades reveladas, sino también de las *gracias interiores* que Dios comunica a las almas: fácil cosa es encomiar y admirar un plan de moral, pero se requiere el auxilio divino para ajustar la conducta a ese plan. Por eso, ninguna secta, ninguna doctrina, ningún sistema filosófico ha podido jamás triunfar de la pasiones y vicios arraigados en el corazón humano, ni suscitar virtudes heroicas como las virtudes cristianas. Los pocos sabios del paganismo no son comparables con la inmensa multitud de *Santos* producidos por el cristianismo. Para todo hombre que reflexione, así como la creación demuestra la existencia de Dios, así también los frutos del cristianismo prueban su origen divino.

Este argumento fue luminosamente tratado por todos los Padres de la Iglesia. San Juan Crisóstomo demuestra a los paganos la divinidad de la religión cristiana por la maravillosa conversión del mundo. «Sería, dice, una grande obra, o más bien, una *prueba cierta del poder de Dios*, el haber podido, aun con la ayuda y favor de los poderes humanos, apartar de la corrupción a algunos millares de hombres y haberlos hecho pasar de una licencia asquerosa a una vida austera y difícil...

«Pues bien, Jesucristo ha trasladado de la corrupción a una vida pura; de la avaricia, al amor de la pobreza; de la cólera, a la mansedumbre; de la envidia, a la benevolencia; de la vida ancha y fácil, a la vida estrecha y penosa.—Y ¿a cuántos hombres ha persuadido esto? No a algunos centenares o millares, sino a una gran parte del género humano... — Y lo ha hecho mediante *doce apóstoles* incultos e ignorantes, sin elocuencia, sin riqueza, desprovistos de todo auxilio humano.—Y lo ha hecho cuando todas las potestades de este mundo se unían contra sus discípulos.»—*Tratado de la divinidad de Jesucristo.*

3°. **La religión cristiana ha hecho más felices a los hombres.**— Ella ha hecho desaparecer las miserias vergonzosas del paganismo.

a) *La esclavitud.*— Antes de Jesucristo, las dos terceras partes del género humano, privadas de sus derechos naturales, no

eran más que un vil rebaño. El dueño podía, según sus caprichos, venderlos, azotarlos, torturarlos, matarlos. En el imperio romano, ciento cincuenta millones de esclavos vivían enteramente sometidos al capricho de diez millones de ciudadanos.

b) *La degradación de la familia.*— El padre era un tirano. La *mujer* estaba envilecida, era la esclava de su esposo y no su compañera. La *poligamia* y el *divorcio* habían hecho del matrimonio un contrato ilusorio. El *niño* podía ser expuesto, vendido o muerto por su padre.

c) *La tiranía del Estado.*— El príncipe disponía a su arbitrio de la vida de los ciudadanos: su capricho era la ley suprema. Los grandes se arrastraban a sus pies; el pueblo vegetaba en la pereza y en el libertinaje; los pobres eran despreciados y abandonados a su triste suerte.

d) *La barbarie de las luchas entre los pueblos.*— Las guerras terminaban siempre con la matanza o esclavitud de los vencidos (1).

Ahora bien, el cristianismo operó poco a poco el mejoramiento social.

a) *Los esclavos* son *emancipados*, no ciertamente, por una brusca revolución social, sino por la influencia creciente de la doctrina cristiana. La religión declara que *todos los hombres son iguales* y que no hay distinción entre el esclavo y el libre. Amos y siervos, santificados por la misma fe, arrimados por una misma caridad, bien pronto viven una misma vida.

b) *La familia es regenerada.*— El cristianismo, honrando a la mujer en la VIRGEN MARÍA, la declara igual al hombre por el origen, los destinos, los deberes y la participación en las mismas gracias. La mujer recobra su influencia y el puesto que le corresponde en el hogar doméstico. La *poligamia* y el *divorcio* son abolidos; el matrimonio es elevado a la dignidad de sacramento, es decir de contrato santo y sagrado, y, por consiguiente, inviolable.

---

(1) Véase CHAMPAGNY, *Los Césares*; MONS. GAUME, *Historia de la familia*.

El *niño* se convierte en objeto de los más dulces cuidados: para el cristiano que adora al *Niño Jesús* del pesebre, el abandono y la muerte de los niños son crímenes imposibles.

c) El Estado *se convierte en una gran familia*, en la que el jefe no gobierna sino en nombre de Dios y para bien de los súbditos, que le deben obediencia en todas las cosas justas como a Dios mismo.— La sociedad pagana no se cuidaba de los desgraciados; la religión cristiana los toman bajo su poderosa protección, y a ella se deben los hospicios y todos los refugios abiertos a los sufrimientos físicos y morales.

d) *Las relaciones entre los pueblos* se inspiran en el espíritu de fraternidad. El cristianismo crea el *derecho de gentes*, suaviza las relaciones internacionales, reglamenta las condiciones de la guerra y substituye la justicia a la fuerza bruta.

El cristianismo, pues, ha hecho a los hombres más felices.

«*¡Cosa admirable*, dice Montesquieu, *la religión cristiana, que parece no tener más objeto que la felicidad de la otra vida, hace también nuestra felicidad en ésta!*»— «Indudablemente, todas estas reformas bienhechoras no se llevaron a cabo sin esfuerzo. El cristianismo tuvo que luchar durante varios siglos contra el paganismo. Pero, poco a poco, su fuerza moral hizo penetrar su doctrina en los corazones y en las inteligencias, y bien pronto el cambio de las doctrinas trajo el cambio de las costumbres y de las leyes.»— GOURAUD.

Basta añadir a estos hechos incontestables algunas observaciones para hacer resaltar la fuerza de esta prueba.

1.º Esta transformación maravillosa, y naturalmente imposible, se ha realizado en todos los lugares **donde se estableció el cristianismo. Naciones salvajes o cultas, viejas o en formación, todas han experimentado el efecto de la doctrina evangélica y de la gracia celestial que la acompaña.**

2.º Allá donde no ha penetrado el cristianismo, se han perpetuado, y subsisten aún hoy día, los mismos errores, la misma idolatría, la misma perversión moral. Esto tanto pasa en los pueblos salvajes como en los pueblos secuaces del budismo o del mahometismo, etc.

3.º Ciertas regiones, regeneradas en otros tiempos por el cristianismo, han vuelto a caer en su degradación primitiva **desde que han dejado de seguir las leyes cristianas. Por eso se ha visto al África y al Asia volver a su antiguo estado de envilecimiento al abandonar la verdadera religión. — En el seno mismo de las naciones todavía católicas, vemos todos los días que las inteligencias van retrocediendo hacia los errores antiguos, a medida que rechazan las enseñanzas del cristianismo: testigos los** positivistas **y los** racionalistas **modernos** (1).

CONCLUSIÓN.— Tales son los hechos ciertos: el cristianismo ha civilizado al mundo pagano, gangrenado y podrido. Allí donde no se ponen trabas a su acción, produce efectos eficacísimos y en gran manera saludables, aun por lo que al interés temporal se refiere, así en los individuos, como en las familias y en las sociedades. Es una obra única, colosal, sobrehumana. Sólo Dios pudo darle tal eficacia, y por lo mismo testifica de una manera permanente y sensible la divinidad de Jesucristo y de su religión.

- El positivista *Taine* se ve forzado a reconocer estos efectos del cristianismo. En la *Revue des Deux-Mondes*, de I.º de junio de 1892, escribía las siguientes palabras: «Hoy, después de diez y ochos siglos, en ambos continentes... el cristianismo obra como en otra época en los artesanos de Galilea, y de la misma manera, hasta substituir al amor de sí mismo, el amor del prójimo: ni su substancia, ni su empleo han cambiado. Bajo una envoltura griega o católica, es todavía para cuatrocientos millones de criaturas humanas el órgano espiritual, el gran par de las alas indispensable para elevar al hombre por encima de sí mismo, por encima de su vida rastrera y de sus horizontes limitados; para conducirlo, al través de la paciencia, de la resignación y de la esperanza, hasta la serenidad; para llevarlo, más allá de la templanza, de la pureza y de la bondad, hasta la abnegación y el sacrificio.

(1) Véase DEVIVIER, *Curso de apologética.*

«Siempre y en todas partes, durante mil ochocientos años, tan pronto como estas alas se fatigan o quebrantan, las costumbres públicas y privadas se degradan. En Italia, durante el Renacimiento; en Inglaterra, bajo la Restauración; en Francia, bajo la Convención y el Directorio, se ha visto *al hombre hacerse pagano*, como en el primer siglo, e inmediatamente se le ha visto como en los tiempos de Augusto y de Tiberio, es decir, voluptuoso y duro, abusando de los demás y de sí mismo. El egoísmo brutal y calculador volvió a prevalecer; la crueldad y la sensualidad se entronizaron en los corazones, y la sociedad se convirtió en un degolladero y un prostíbulo. Cuando se ha dado este espectáculo y se ha visto de cerca, se puede valorar lo que ha aportado el cristianismo a nuestras sociedades modernas, lo que ha introducido de pudor, de dulzura y de humanidad lo que ha mantenido de honradez, de buena fe y de justicia. Ni la razón filosófica, ni la cultura artística y literaria, ni siquiera el honor feudal, militar y caballeresco; ningún código, ninguna administración, ningún gobierno basta para suplirlo en este servicio.

«Nada hay fuera de él capaz de sostenernos en nuestra pendiente natural, y de detener el deslizamiento insensible con que, incesantemente y con todo su peso original, nuestra razón retrógrada hacia los bajos fondos.»

Tales son las confesiones del hombre que ha estudiado la historia a la luz de los hechos. Después de esto, ¿qué deberemos pensar de las *mentiras* de los masones que quieren destruir el cristianismo para implantar, dicen ellos, el progreso y la virtud? Su audacia sólo puede equipararse a su hipocresía.

Escuchemos a otro académico, a PABLO BOURGET:

«—Ved una regla que yo he comprobado constantemente y que no admite excepciones: Dondequiera que el cristianismo está vivo, las costumbres se elevan; dondequiera que languidece, decaen. El cristianismo es el árbol donde florecen las virtudes humanas, sin cuya práctica las sociedades están condenadas a perecer. Permitidme, si me hacéis hablar, que lo proclame bien alto: se desmoraliza a Francia al arrancarle su fe;

descristianizándola se la asesina. No hay salvaguardia social fuera de las verdades del Decálogo. Tal fue la convicción de la Le Play; tal fue también la de Taine. A ellos me uno yo» (1).

VIII. Excelencia de la doctrina cristiana

125. P. ***La excelencia de la doctrina cristiana ¿prueba su divinidad?***

R. Sí; porque la sublimidad de sus *dogmas*, la pureza de su *moral* y la perfección de su *culto* manifiestan un origen divino.

1°. El *dogma* de la religión cristiana expone desde luego las *verdades del orden natural*; nos da las nociones más claras y más elevadas acerca de Dios, del hombre y de su destino. No hay duda que la razón puede descubrir estas verdades, pero con menos claridad, perfección y certeza.

El cristianismo propone luego a nuestra fe *verdades sobrenaturales* que la razón no puede alcanzar, pero que reconoce como razonables y luminosas, desde el momento mismo que le son propuestas; tales son: los misterios de la *Trinidad*, de la *Encarnación*, de la *Redención* y de la *gracia*, maravilloso conjunto de verdades sublimes que nos revelan la vida íntima de Dios y el destino sobrenatural del hombre.

2.° La *moral cristiana* explica perfectamente toda la *ley natural* y le añade algunos *preceptos positivos* de gran importancia. Reglamenta todos los deberes del hombre para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismo. Proscribe toda falta, incluso el mal pensamiento voluntario; impone todas las virtudes, y da *consejos* muy apropiados para llegar a la más alta perfección.

3.° El *culto cristiano* es, a la vez el más sencillo y el más sublime, el más digno de Dios y el más conveniente al hombre. Es fácil de practicar en todos los pueblos y en todos los lugares.

Ahora bien, una doctrina tan perfecta en su dogma, en su moral y en su culto, no puede venir sino de Dios. Durante *cua-*

---

(1) *La Croix*, 12 de noviembre de 1899.

tro mil años de asiduas indagaciones, lo más grandes genios no consiguieron hallar una doctrina semejante. Luego el hombre que vino a enseñarla y a hacerla prevalecer en el mundo es más que un hombre: es *Dios.*

La doctrina de Jesucristo se contiene en el Evangelio y en los demás libros del Nuevo Testamento, y también se nos ha transmitido por la Tradición: no se puede separar la enseñanza de los apóstoles de la enseñanza de su Maestro, cuyos intérpretes son.

1°. **Sublimidad de los dogmas cristianos.**— «El dogma cristiano se compone de dos clases de verdades: unas ya conocidas, accesibles a la razón y enseñadas por la filosofía; otras enteramente nuevas e inesperadas. Las primeras constituyen el *orden natural*, las segundas *el orden sobrenatural*, al que el hombre no puede llegar por sí mismo.

«Las verdades fundamentales del orden natural, la existencia de Dios, su naturaleza, su perfección y la existencia del alma espiritual, libre e inmortal, habían sido enseñadas por la *revelación primitiva*, y mejor explicadas después por la *revelación mosaica*. Pero debemos sobre todo a la *revelación cristiana* las nociones más precisas acerca de Dios, de la vida futura, de la resurrección de los cuerpos, de la naturaleza y eternidad de las penas y de las recompensas.» — (CAULY).

Jesucristo se complace en explicar el dogma de la *Providencia*. Dios vela, nos dice, sobre todos los seres, aun sobre los pájaros; Él provee a todas las necesidades de sus criaturas, y ni un cabello cae de nuestra cabeza sin el permiso de nuestro Padre celestial (Mt. VI).

Insiste también sobre la *bondad* y *misericordia* de Dios, esos dos atributos desconocidos de los paganos y poco comprendidos por los judíos. Para ellos, Dios era, ante todo, *Jehová*, el *Señor*, a quien hay que adorar y temer. Para los discípulos de Jesús, Él es, principalmente, el *Padre*, a quien hay que amar; Él es *la bondad por esencia*: *Dios es amor.*

A las creencias de la *religión natural*, Jesucristo añade las *verdades del orden sobrenatural*. El hombre siente que, más allá de este mundo, existe una religión inmensa en que no puede penetrar la razón. Jesucristo satisface su sed de lo desconocido: levanta el velo que cubre los misterios de la vida íntima de Dios y de amor al hombre. Revela al mundo los dogmas altísimos de la *Santísima Trinidad*, la *Encarnación*, la *Redención*, la *vida sobrenatural* de la gracia y la *gloria* eterna, que es su fruto.— Para comunicar a los hombres esta *gracia divina*, fruto de sus méritos, funda la *Iglesia*, que la confiere mediante los *sacramentos*. Cada una de estas palabras encierra una novedad divina y crea un nuevo orden de creencias y de su vida.

Estos misterios sorprendentes superan la razón humana sin contradecirla jamás. Después de diez y nueve siglos, los sabios discuten aún acerca de estas verdades: pueden hallarlas excesivamente sublimes para su orgullosa pretensión de quererlo comprender todo, pero no logran destruirlas. Los genios más grandes, Orígenes, Agustín, Tomás de Aquino, Bossuet, Leibnitz, Pascal, etc., etc., se inclinan ante la sublimidad de estas enseñanzas.

Estos misterios arrojan viva luz sobre la naturaleza de Dios y sobre todo el destino eterno del hombre. ¿Por qué Jesucristo nos lo revela? Para manifestarnos el amor que Dios tiene al hombre, a quien eleva a la vida sobrenatural. Creer en este amor infinito de Dios, es creer en el cristianismo (1 Jn. 4, 16).

El *Credo* cristiano no es más que la historia del amor que Dios no tiene; y de igual modo el *Decálogo* debe ser la historia de nuestro amor a Dios: *Deus charitas est.*

2.° **Santidad de la moral cristiana.** — La moral del Evangelio es la más perfecta que imaginarse puede; los mismos impíos se ven forzados a reconocerlo. El código de Jesucristo comprende toda la *ley natural*, la cual explica y pone al alcance todos los espíritus: el ignorante lo halla sencillo, y lo entiende; el sabio admira su fecundidad, su profundidad, y lo ama.

La moral cristiana es perfecta: A) en los *deberes* que impone; B) en los *motivos* que propone para obligarnos a practicar esos deberes.

A) Perfecta en los *deberes* que impone:

a) *Para con Dios*: manda que se rinda un culto *interno*, *externo* y *público* de adoración, de amor, de confianza y de acción de gracias.

b) *Para con el prójimo*: ordena que se observe con él una estricta *justicia*, que se le ame con *claridad* eficaz y universal que se extienda hasta a los mismos enemigos.

c) *Para con la sociedad*: mantiene la paz en las familias, el amor mutuo entre los esposos; — consagra la autoridad paterna por una parte, y el amor filial por otra; — recomienda a los amos la bondad para con sus servidores, y a éstos la sumisión a sus amos.— Asegura el orden y la tranquilidad en la sociedad civil, presentando a los gobernantes como *ministros* de Dios, e imponiendo a los súbditos el respeto y la obediencia a sus superiores.

d) *Para consigo mismo*: intima al hombre el cuidado de su alma inmortal, la lucha contra las pasiones, la fuga del mal, del que le prohibe hasta el *pensamiento* y el *deseo*. Ordena la práctica de todas las virtudes, particularmente de las *virtudes teologales*, necesarias para conseguir nuestro destino sobrenatural.

— A estos principios de la *ley natural*, tan bien explicados y completados, Jesucristo añade otros *preceptos positivos*, que se refieren a la *penitencia* y a la *recepción de los sacramentos*, establecidos para dar, aumentar y conservar en nosotros *la vida sobrenatural*. Y ha dejado a su Iglesia el cuidado de formular y determinar la época en que nosotros debemos cumplirlos. Tales son los preceptos sobre la *confesión anual*, la *comunión pascual*, etc.

— Finalmente, para aquellos que no se contentan con el *deber estricto*, sino que sienten en sí aspiraciones a una perfección mayor, el *Evangelio* tiene *consejos* que se resumen en la *pobreza* voluntaria, en la *obediencia* absoluta y en la *castidad* perfecta: tal es el fundamento de la vida religiosa.

Así como el dogma cristiano se compendia en esta frase: *Creemos en el amor que Dios nos tiene,* del mismo modo la ley cristiana se contiene toda en esta otra expresión: *Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo.*

El amor de Dios consiste en preferir a Dios a todo los demás, porque Él es el Sumo Bien, — en querer lo que Dios quiere, — en amar lo que Él ama,— en dar todo lo que Dios pide, — en hacer todo lo que ordena: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y sobre todas las cosas.*

El amor del prójimo consiste en amar a todos los hombres por amor de Dios, — en desear el bien de todos, — en hacerles todo el bien que quisiéramos nos fuera hecho a nosotros, — en no hacer al prójimo nada de lo que no quisiéramos que se nos hiciera: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo* (1).

El ideal de la perfección propuesta por Jesucristo no es más que la perfección del mismo Dios: *Sed perfectos como vuestro Padre Celestial.* — El Hijo de Dios ha hecho esta perfección más fácil de imitar, mostrándose a nosotros bajo una forma humana. Para ser perfectos no tenemos más que reproducir las virtudes cuyo precepto y ejemplo nos ha dado Jesucristo. *Exemplum dedivobis ut quemadmodum ego fecil, ita et vos faciatis* (Jn.13,15). — Según la enérgica expresión de Tertuliano, todo cristiano debe ser otro Cristo: *Christianus, alter Christus.*

B) *La moral cristiana es perfecta* en sus *motivos* y en la *sanción* que establece.

Ella nos propone como motivo, no solamente la *hermosura* natural de la virtud y la *satisfacción* del deber cumplido, sino la *soberana voluntad* de Dios, nuestro Creador y Señor, que tiene el derecho de mandarnos.

---

(1) *La caridad para con el prójimo no nos impide rechazar los ataques de los impíos.* «A los enemigos declarados de Dios hay que darlos a conocer... ¿No cubrió el Salvador de maldiciones y de invectivas a los hipócritas fariseos?... No excluyamos a nadie de nuestras oraciones ni de nuestros servicios posibles, pero desenmascaremos la hipocresía de los enemigos de Dios, y de la Iglesia.» (SAN FRANCISCO DE SALES).